



EL PANTEON FLOTANTE

En esta aventura, Indiana James hará piruetas a 2000 metros de altura, conocerá a Harriford Jones el aventurero millonario y a sus alegres damas de compañía, meterá la mano en un nido de ratas y se enfrentará a una tripulación de muertos vivientes.



Indiana James

El panteón flotante

Bolsilibros - Indiana James - 4

ePub r1.0
LDS 21.04.18

Título original: *El panteón flotante*
Indiana James, 1985
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

A veces, he de aceptar que soy un animal. Sobre todo, cuando me meten en una jaula, me alimentan, me miman, me cuidan, y esperan que cante.

Yo no sé qué les parecerá a los tigres el parque zoológico de Regent's Park. Quizá al principio digan: «Oh, qué bonito, es como un hotel de cinco estrellas, lo que siempre soñé», como dije yo al instalarme en la mansión de Foxworth. Pero, a los pocos días de vivir en su jaula, el tigre se pasea cabizbajo, y bosteza entumecido, y mira a los espectadores con tristeza, como diciendo: «Dejad que nos comamos a uno de vosotros, sólo a uno, el que menos os guste… sólo para recordar tiempos felices…».

Eso me pasaba a mí ante las amigas *punkies* de mi amiga *punky* Mary Lou Foxworth, en la jaula de oro de los Foxworth.

Jaula de oro de tropecientas habitaciones, con todas las ventajas que cualquier ciudadano pueda desear, comiendo manjares que harían salivar a un rey, bebiendo vinos de la cosecha que emborrachó a Papá Noé, navegando por una piscina cuyas aguas se perdían en el horizonte y extraviándome en un jardín interminable regado por fantásticos aspersores automáticos como no los hay en ninguna jungla del mundo.

Al principio, Mary Lou y yo recorríamos las habitaciones. Ella me las mostraba y yo hacía «Oh» con sincera admiración. Luego, jugamos al *Boggle*, o al *Trivial Pursuit*, o a la Canasta, y yo a veces perdía, y a veces ganaba. Por fin, acabamos sentados ante el televisor, contemplando telefilmes espantosos o, peor aún, las hazañas de Harriford Jones, el aventurero millonario.

Harriford Jones, ese payaso que subió al Aconcagua con las manos atadas a la espalda, que se fotografió abrazado al Yeti, que

puso en el lomo de un ejemplar único de ballena blanca la pegatina «I LOVE HARRIFORD JONES», que se peleó contra media docena de tiburones hidrofóbicos, y que luego sonreía como con asco y declaraba: «Diablos, esta vez sí que creí que no lo contaban». Dios mío, aquel botarate llegó a darme envidia. No me perdía ni uno de sus programas, sólo por la ansiedad de ver espacios abiertos y situaciones de peligro.

El último día asistí a través de la pantalla a sus declaraciones de que iba al encuentro del mítico *Spirit of the Shadows*, el barco fantasma cargado de cadáveres en putrefacción, que suele aparecerse a los pescadores de las Bermudas. Una tontería, sí, es cierto, pero al menos aquel idiota tenía una tontería en su futuro, mientras que yo no tenía ni eso.

—¿Tú conoces a Harriford Jones, Indy? —preguntó entonces Mary Lou.

—Nooooo… Ya te dije un día que nooooo… Ya te dije un día que le odio con todo mi corazón y con todas mis fuerzas…

—¿Qué te pasa, Indy?

Suspiré. Le mentí diciendo que me dolía la cabeza y que ya había visto en otra ocasión la película que daban por la tele.

—¡Claro, tío! ¡Como que es un anuncio!

Bajé a emborracharme a la bodega; hice *footing* por el jardín; me recorrí Londres; vi La Ratonera; y el Museo de *Madame* Tussaud, y la Tato Gallery, y la Catedral de San Pablo, y la Abadía de Westminster, y el Big Ben, y la Torre, y el Puente de la Torre, y el 10 de Downing Street, y hasta provoque a uno de los perros guardianes de los Foxworth para poder pelearme con alguien.

Todo fue inútil. Me asfixiaba.

Y, un día, sonó el teléfono.

—¿Indiana? —aulló una voz cascada.

—¿Quién es?

—¿Eres Indiana?

—¿A qué Indiana te refieres?

—¡A Indiana James, naturalmente! ¡AI otro no lo conozco! ¿Cómo iba a preguntar por una persona a la que no conozco?

—Pero ¿quién diablos eres tú?

—¿Quién voy a ser? ¡Nicholas Fielding!

—¡Nicholas Fielding! —exclamé. Y se me secó la garganta de

emoción. Diablos, el bueno, despistado, cascarrabias y sabelotodo del viejo Nick Fielding… Un polvoriento historiador, arqueólogo, etnólogo, a quien yo había conocido buscando tesoros en la costa chilena, años atrás. Aparentaba más de cien años y, a pesar de eso, recorría el mundo, de un lado para otro, siempre con su traje negro y deslucido, y su corbata anudada y su sombrero deformado—. ¡Nicholas Fielding! ¡Por el amor de Dios!, ¿cómo me has localizado?

—¡No seas burro, muchacho! ¡Piensa! ¡No haces precisamente todo lo posible por pasar desapercibido!, ¿no crees? Estrellando aviones en la ciudad de Cannes[1] y cosas por el estilo…

—¿Y qué es de tu vida? ¿Dónde estás? —le pregunte ansioso.

—¡En Londres, claro, maldito mastuerzo!

—¡Tenemos que vernos! —exclamé.

—¡Para eso te llamo, cabezón! ¿Para qué, si no?

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—¿No tienes interés en saber qué me traigo entre manos… y con quién?

La emoción me había puesto toda la carne de gallina. Tenía ganas de reír y de gritar y hasta de llorar, si hacía falta. Maldita sea, me habían traído la aventura a casa, porque Nicholas Fielding era ya en sí mismo una aventura.

—¿Qué te traes entre manos? —pregunté, impaciente, saltando sobre una pierna y sobre otra alternativamente.

—¡Un tesoro, Indiana! ¡Millones de dólares en oro procedentes de Sudamérica! ¡Déjame que te lo cuente, Indiana, porque si no reviento! En 1702, el rey Felipe V de España transfirió por diez años la trata de esclavos a la Compañía Francesa de Guinea. Los franceses, que decían, JA, JA, que. «Francia, patria de la libertad, no permite ningún esclavo», trataron de hacer en aquellos diez años todo lo que los demás países habían hecho en los siglos anteriores. Se dice que en el siglo XVIII se pasaron más esclavos negros de África a América que en los siglos XV, XVI Y XVII juntos, y yo te digo que la Compañía Francesa tuvo mucho que ver en eso…

—Está bien, está bien… —le dije, agotado—. Al grano, Nick…

—Bueno, pues estuve en París, aprendiéndome de memoria todo el archivo referente a la Compañía Francesa, y luego fui a Haití, a la República Dominicana y conseguí acceso a unos importantes archivos secretos procedentes de Cuba que una Fundación

Norteamericana guarda en Miami… Y, como las piezas del rompecabezas, ¿sabes, Indiana?, tomando un dato de aquí y otro de allí, pellizcando un dato en esta carta y el nombre de un barco en aquélla, he descubierto la existencia de un gran cargamento de esclavos que fue trasladado en dos barcos de nacionalidad francesa, el *Jung frau* y el *Lyon*, a la isla que entonces se llamaba La Española. Según todos los datos, en aquellos barcos se trasladaron seiscientos esclavos, que fueron debidamente entregados y cobrados. Un esclavo valía 30 escudos de oro. El precio de aquellos esclavos se cargó en los barcos y volvió de regreso a África…

—No me digas más —le interrumpí—. Una tempestad. Se hunden los barcos. Y tú sabes dónde están…

—¡Yo sé dónde están los dieciocho mil escudos oro que el virrey de La Española pagó por los seiscientos «negros bozales»! ¡Y, si calculas que cada doblón pesa unos sesenta gramos, obtendrás más de una tonelada de oro! ¡Y, si calculas el oro simplemente a peso, a diez dólares el gramo, comprobarás que en el fondo del mar nos están esperando *diez millones ochocientos mil dólares en oro*!

Silbé de admiración.

—¿Dónde del fondo del mar? *¿Dónde?*

—Frente a las costas de Guinea-Bissau…

—Enfrente de Guinea-Bissau está todo el Atlántico —exclamé, nervioso.

—Ahí está lo mejor de mi historia. En el *Lyon* viajaba un tripulante inglés, un tal Fardenfly, que se volvió loco en el naufragio. Parece ser que fue uno de los pocos supervivientes. Este Gardenfly escribió un libro en el manicomio, un disparate enloquecido, que estudian los psiquiatras, pero que todos los historiadores han despreciado… ¡Y allí dice cuál es el punto exacto donde se hundió *nuestro cargamento*, Indiana!

—Muy bien. Y ahora, ¿quién?

—¿Quién? —se sorprendió Nicholas Fielding—. ¿Qué quieres decir con quién?

—Antes me has pedido que te pregunte qué te traes entre manos y con quién. Bueno, dime con quién estás metido en este asunto…

—Sam *Luke* Morrison-Norton.

Por toaos tos infiernos que estuve a punto de echarme a llorar. Sam *Luke* Morrison-Norton era un gigante norteamericano,

descendiente de suecos, capaz de arrancarle la cola a un tiburón de un bocado, al que también había conocido en Chile.

—¡Otra vez reunidos los tres de nuevo! Viejo Nick… ¿Dónde podemos encontrarnos?

—Bueno… En Londres sólo estoy yo. Sam *Luke* está en Guinea-Bissau preparando la expedición…

—¿Dónde podemos encontrarnos? —repetí, en un grito con el que proclamaba que quería huir de mi jaula de oro para ir en busca de otro oro más emocionante, más libre.

—Ahora mismo, voy al Army & Commercial Historical Archive, donde me están esperando los escritos de Gardenfly el loco…

—*Nos* están esperando, Nick. *A los dos…*

En pocos segundos, llegué a mi dormitorio y recogí mi mínimo equipaje, que cabía en un macuto y el chaleco lleno de cremalleras. Me calcé las botas, me calé la gorra y, sintiéndome un hombre nuevo, bajé de seis en seis los escalones…

…Hasta casi tropezarme con Mary Lou.

—¿Dónde vas? —dijo ella.

—No lo sé —expliqué, comprendiendo que la chica querría una explicación.

—¡Voy contigo! —exclamó ella.

Mis ojos dijeron «No». Todo tiene un principio y un final. De nada sirve huir de la cárcel si te llevas los grilletes fijados a los tobillos. Todo fue muy bonito mientras duró. Esas cosas que se dicen sólo con los ojos.

—Pero ¿por qué…? —preguntó, haciendo un pucherito, curvando la boca hacia abajo.

—Porque han de acabar unas cosas para que otras comiencen.

Me abrazó. La abracé. Mi querida *punky*.

Qué bonita despedida.

—Usaré tu coche. Es sólo un momento. Te lo dejaré en el aeropuerto.

Ella apretó los labios, abrió mucho los ojos para que no los empañaran las lágrimas, y asintió conforme con la cabeza.

—Quédate el coche —dijo, por fin, queriendo sonreír.

Salté al interior del «BMW» y, sin más, me lancé a una de las más enloquecedoras carreras de mi vida hacia la libertad. Luego, los periódicos hablaron de dos vacas muertas en la flor de la edad, un

carro de heno metido en el comedor de una granja y un «Mercedes» convertido en escultura abstracta, pero yo no recuerdo nada de eso. Sólo puedo decir, sí, que el «BMW» que dejé en el aeropuerto de Heathrow mucho después estaba hecho al estilo *punk*: arañazos en los costados, un cristal astillado, una capa de lodo y, como detalle curioso, un rabo de vaca prendido del guardabarros.

El caso es que serían las cinco de la tarde cuando me detuve ante el vetusto edificio gótico donde se cobijaba el Army & Commercial Historical Archive (ACHA).

Atravesé un alto muro (por una vez, aprovechando que la puerta estaba abierta) y me metí en unos bonitos, frescos y cuidados jardines. Trepé de un salto los siete escalones de piedra que me separaban del gran portalón de medio punto. Unos modernos cristales batientes protegían a un anciano portero uniformado que me miraba como un miope al que se le han roto las gafas.

—¿El profesor Fielding? —le pregunté.

—¿Cómo dice? Levante un poco la voz, por favor, que soy un poco duro de oído… —Levanté la voz—. ¡Ah, sí, el doctor Fielding…! —Me entregó una hoja de entradas y salidas—. ¿Quiere mirar usted mismo a qué departamento ha ido? Yo no consigo recordarlo, y como se me han roto las gafas…

Leí: *Nicholas Fielding, historiador. Dto. Humanidades…*

—…¿Y le importaría —siguió el hombrecillo— poner usted mismo su nombre, su profesión, el departamento al cual va y demás datos…?

Iba a decirle que cumpliría encantado con el trámite cuando, más abajo de la letra de Fielding, descubrí, escrito por otra persona: *Vete al infierno, viejo imbécil.*

Me estremecí.

Tuve un presentimiento.

—¿Ha venido alguien más preguntando por el doctor Fielding?

—Sí. Puede leer su nombre en el estadillo. Le he dicho, como a usted, que lo anotara…

Uno ha leído demasiadas novelas, o ha vivido demasiadas aventuras, como para quedarse impasible ante un hecho así.

—¿Dónde está el Departamento de Humanidades?

—Abajo. En el fondo. El ascensor está en la sala de al lado… ¿Ha puesto ya usted su nombre y…?

Tiré a un lado la hoja de entradas y salidas y corrí a la sala de al lado.

Era una reproducción en miniatura de alguna sala del Museo de la Torre. Diez o doce brillantes armaduras, vitrinas llenas de mazas, espadas, dagas, espuelas y guanteletes sobre terciopelo; escudos nobiliarios por las paredes, pesados cortinajes color burdeos, todo ello bajo una cúpula ojival y vetusta.

Las puertas de los ascensores, en una pared levantada recientemente, resultaban un anacronismo imperdonable.

Un ascensor subía. Llegó al piso. Se abrieron las puertas.

Me encontré ante un negro gigantesco, de piel oscura, donde refulgían unos ojos asesinos con destellos rojos. Me encontré con una cara odiosa y odiable y supe de inmediato lo que había ocurrido.

Antes de ver sangre en la bocamanga del elegante traje seguramente comprado en Harrod's, antes de ser atacado, supe perfectamente lo que había sucedido.

Disparó sus manos hacia mi cuello en el mismo momento en que yo me encendía de odio. Aparté sus brazos con un revés y lo envié al fondo del ascensor de un directo al estómago. Luego, ataqué su cabeza. Tenía ganas de partirla cómo un coco.

Encajó y contraatacó.

Se abrazó a mi cintura y salimos del ascensor como balas. Nos llevamos por delante una vitrina cuyo cristal se hizo pedazos contra el suelo, desparramando una profusa lluvia de armas de todo tipo por la sala.

Pateé con las dos piernas a la vez y el negro salió volando contra la pared. Rebotó, tropezó con una armadura y se vino todo abajo, él incluido, con estruendo de batería de cocina caída desde un avión.

Me levanté. Se levantó con la alabarda de la armadura.

Golpeó, me aparté, partió en dos otra de las exquisitas vitrinas, convirtiendo el añejo mueble en un montón de astillas. Pegó otra vez, cabeceé y la alabarda descolgó uno de los cortinajes color burdeos y esparció por toda la estancia gran parte del estucado de la pared.

Corrí en busca de otra alabarda, para estar en igualdad de condiciones. La agarré al mismo tiempo que él golpeaba con la suya. Detuve a la muerte sujetando mi arma con las dos manos y

cruzándola ante mí. Soporté con toda la fuerza de mis músculos algo así como un cañonazo.

El negro saltó atrás, cogiendo su alabarda como yo la cogía. Ataqué, paró el golpe y forcejeamos, formando un aspa con los dos palos, empujando los dos, resistiendo los dos. Y, durante aquel forcejeo, me grabé fijamente aquel rostro en mi retina. Nunca olvidaría sus ojos de asesino, su mirada inexpresiva. Aquel abundante sudor que hacía brillar su piel negra. Aquella mancha de sangre en la bocamanga de su elegante traje de Harrod's.

Di un paso atrás, él perdió el pie hacia mí y yo empujé mi larga arma con la derecha. El extremo de la alabarda le golpeó en la cara, marcándola de sangre y haciéndole trastabillar hasta la pared.

Sus ojos de asesino se fruncieron y descubrí que hasta entonces no había hecho más que jugar conmigo. Que le había ofendido aquel golpe y que se había decidido a actuar en serio.

Me lanzó la alabarda a través de la habitación, como una jabalina. Me agaché, pasó el arma por encima de mi cabeza y destrozó un vitral multicolor de la época de Ricardo Corazón de León.

En realidad, el negro no había querido matarme, sino liberarse de un estorbo que le impidiera volar.

Y *voló.*

Voló como nunca imaginé que nadie pudiera volar.

Despegó desde el otro lado de la habitación y me sobrevoló antes de que yo pudiera hacer nada. Una de sus manos golpeó mi cabeza y yo me vi amorrado al suelo mientras él daba una limpia voltereta y caía de pie.

Me estaba yo levantando cuando el negro hizo una filigrana de *ballet*, clavándome la punta de sus *Hush Puppies* en el paladar.

Caí. Me levanté aturdido.

Y ya venía el saltimbanqui aquél, haciendo la rueda sobre sus manos, levantando los dos pies que me dieron, bam, ahora uno, zas, ahora el otro, en la mandíbula. Salí disparado contra uno de los cortinajes, que cayó conmigo.

El negro se me venía con una gran espada de torneo, dispuesto a partirme en dos.

Rodé sobre mí mismo y oí el golpe agudísimo, tan penetrante que horadaba los tímpanos, de la espada al golpear el suelo.

Gateé buscando parapeto bajo una de las vitrinas, una de las dos que quedaban intactas.

Oí cómo la espada caía sobre mi cabeza, rompía el cristal y hendía la madera…

…Y en ese momento me levanté y empujé con todas mis fuerzas el mueble contra mi agresor.

Me satisfizo escuchar aquel alarido estremecedor.

Seguí empujando.

Como esperaba, los cristales de la vitrina rota se habían clavado en la carne del negro.

«Empujé hasta la pared, contra la que chocamos con estridencia. Me eché atrás para tomar impulso, para aferrar mejor los restos de vitrina que quedaban entre mis manos y para contemplar al negro dolorido y cubierto de sangre…».

…Golpeé con todas mis fuerzas. ¡Bam!, se partió la madera y el negrazo rodó por el suelo.

Dije: «Ya es mío».

Pero el negro siguió rodando. Antes de que me diera cuenta, volvía a ejercitar sus dotes alucinantes. Y ya daba una voltereta sobre las manos, se elevaba, ingrávido y elegante, y salía por la ventana rota como una exhalación.

Me precipité allí, no sé si decidido a perseguirle. Lo vi montar en un coche negro que se puso en marcha con crispante chirrido de frenos.

Se alejaron.

Yo fui al ascensor. En realidad, creo que no los hubiera seguido. No podía dejar a mi amigo Fielding, estuviera donde estuviese.

Bajé hasta el Departamento de Humanidades. Era una gran nave ojival, cuyo fondo y cuyo techo se perdían en la oscuridad. Sólo una luz brillaba en el centro, iluminando mesas e insinuando paredes cubiertas de libros.

Sólo una luz, de pantalla verde, iluminaba el cuerpo de Nicholas Fielding, derrumbado sobre su mesa.

Réquiem por Nick Fielding, con su eterno traje negro deslucido, su sombrero deforme. El hombre que tenía todos los años del mundo y no paraba de viajar de un lado para otro, en busca de la aventura.

El negro le había clavado una navaja en la espalda y había

hurgado en la herida para asegurarse de la perfección de su trabajo.

Ante él, había un libro abierto. Una antigua encuadernación de cartas del siglo XVIII. El manuscrito de Gardenfly *el Loco*. Me incliné sobre él, lo hojeé con cuidado de no dejar mis huellas.

Una página terminaba diciendo: «…Se abrió el mar y el mar era la boca de Dios que nos llamaba a la negrura y nos bebía como si no fuéramos más que una gota de líquido». Y la siguiente página empezaba diciendo: «En este hospital quieren matarme todos, por eso abren sus bocas…».

Faltaba una página por medio. Sin duda, aquélla en que Gardenfly narraba cuál fue exactamente el lugar en que Dios quería bebérselo como si fuera una gota de líquido.

Incorporé a Nick, sintiendo que el dolor y el ansia de vengarme me desgarraban el corazón. No pude mirarle a la cara mientras le quitaba la cartera y la agenda, como un vulgar ladrón. Me guardé ambas cosas y volví al ascensor.

Mientras subía, lo primero que encontré fue la dirección y el número de teléfono de Sam *Luke* Morrison-Norton en Bissau.

Salí a la sala destrozada y luego al vestíbulo.

—¡Eh! —me llamó el portero—. ¡Eh, doctor Fielding…!

Me volví.

—No salga ahora, doctor Fielding —me dijo—, porque debe de estar lloviendo. Hace un momento, me ha parecido oír que tronaba… ¿Ha visto usted a los dos señores que han venido a visitarle, doctor? ¿Sabe si se van a quedar mucho rato? Es que pronto tendré que cerrar, ¿sabe?

Carraspeé cualquier cosa que el hombre interpretó como una explicación plausible y salí a la calle. En el «BMW» de Mary Lou, me fui directamente al aeropuerto.

Capítulo II

Precisamente, salía un vuelo a París, que enlazaba con otro hacia Bissau, a las doce de la noche de aquel mismo día. De momento, todo estaba reservado, pero yo podía apuntarme a la lista de espera. Acepté la posibilidad.

Luego, fui a telefonear a Bissau, al hotel donde se hospedaba Sam *Luke* Morrison-Norton.

—¡Sí! —bramó su voz correosa.

—¡Sam *Luke*\! ¡Soy Indiana James!

—¿Indiana James? ¿Con cuántos tipos nos peleamos tú y yo, aquella noche, en Santiago, y qué obtuvimos a cambio? —Era una comprobación. Sam *Luke* era muy desconfiado.

—Con ocho. Y el dueño del bar nos dio toda la recaudación de la noche.

—¡Indiana James, maldito loco!, ¿desde dónde llamas?

—Desde Londres. Estaré en Bissau contigo mañana mismo.

—¿En serio? ¿Te unes a la búsqueda del tesoro…?

—Hay malas noticias, Sam *Luke*…

—¿…?

—Han matado a Nick *el Viejo*.

Hubo un largo silencio, seguido de una interminable retahíla de insultos, blasfemias, imprecaciones e improperios.

—¿Tienes idea de quién puede haber sido, Sam *Luke*…?

—¡Maldita sea, cualquiera que haya oído hablar de diez millones de dólares…!

—¿Recuerdas haber hablado con alguien del negocio?

—Hemos hablado con mucha gente, pero nunca hemos mencionado el tesoro…

—El Viejo me lo mencionó —dije.

—¡Oh, tú eres distinto, Indy!

—Haz memoria, Sam *Luke*. Quiero una lista de todos los que remotamente tuvieron noticias de vuestra búsqueda. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo, Indy!

—¡Ahora voy a verte!

—Indy…

—¿Sí?

—¡Qué perra es la vida! ¡El viejo Nick Fielding no se merecía esto…! —Me pareció, que estaba a punto de llorar.

Es cierto, Sam *Luke.*

—¡Indy!

—¿Sí?

—¡Los asesinos son míos! ¿De acuerdo? ¡Yo me encargo de despellejarlos! ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Sam *Luke.*

—Hasta pronto, Indy… —Ahora, el grandullón Sam *Luke* Morrison-Norton, capaz de acunar entre sus brazos a la estatua de la Libertad, estaba llorando a moco tendido.

—Hasta ahora, Sam *Luke.*

Para entretener la espera, me compré un libro de narraciones cortas. *En el umbral de la noche*, de Stephen King, un tipo con sentido del humor, que te cuenta el terror como pocos. El ha hecho que Poe y Lovecraft se convirtieran en clásicos inofensivos.

El primero era un cuento de su serie de «Jerusalem's Lot», un pueblo donde puede ocurrir cualquier cosa espeluznante. Lo más terrible que uno puede imaginar es posible en «Jerusalem's Lot». Me sumergí en terrores ficticios para olvidar emociones reales. Supe de un libro casi tan nefando como el *Necronomicon*, de Lovecraft: se trataba del *De Vermiis Misteri (Los misterios del gusano)*, y dejé que se me pusieran los pelos de punta.

A las once, montaba guardia frente a la taquilla correspondiente al vuelo de París.

Hubo un par de anulaciones y uno de los asientos vacantes fue para mí. El vuelo salió de Heathrow puntualmente a las doce. El segundo cuento del libro se llamaba *El último turno* y captó mi atención más profundamente que el primero.

Se trataba de dos tipos, un tal Warwick y un tal Hall, que hacían el último turno en los sótanos de una fábrica donde abundaban las

ratas… Me estremecí: *odio las ratas*. Contrataban a los tipos para que limpiaran de ratas el sótano del fondo, un lugar donde, al parecer, hacía muchísimo tiempo que no bajaba nadie. Nadie quería ir allí. Había terrores supersticiosos al respecto.

—¿Qué lees? —me preguntó un chico.

Alcé los ojos. Se trataba de uno de esos niños pelirrojos, pecosos, con gafas y una red de tuberías entre los dientes para rectificar lo inevitable.

—Un libro —le aclaré.

—Sí, ya sé. *En el umbral de la noche*, de Stephen King, ya lo he leído. ¿Pero qué cuento estás leyendo?

Me fijé mejor en el muchacho. Estaba abrazado a un *Skate-board*, esas planchas con cuatro ruedas con las que seres como él suelen atropellar a la gente. Deseé que empezara a utilizarla por el pasillo del avión, que le dieran un tortazo y que le obligaran a permanecer sentado y con el cinturón ceñido el resto del viaje.

—¿Qué cuento estás leyendo? —insistió.

—Uno que se llama *El último turno* —respondí, paciente.

—¡Ah, sí! —exclamó—. Ese de unos que van a matar ratas al sótano inferior y… —Y me contó el final del cuento.

Me hubiera gustado matarle. Odio que me cuenten deprisa y corriendo los finales de cuentos sorpresivos.

—Vete inmediatamente a tu sitio o te tragas el patín —le sugerí.

Llegamos de noche a París. El poco rato que dormí, soñé con ratas. Me aterrorizaba más el cuento al tener que imaginármelo que si lo hubiera leído. Pero me aterrorizó mucho más constatar que el niño pelirrojo y sus padres iban a viajar conmigo a Guinea-Bissau.

—Papá: Este señor es americano, como nosotros.

El papá era un tejano enorme y barrigón, modelo John Wayne, con sombrero «Stetson», camisa hawaiana, gafas de sol impenetrable, botas repujadas y, como detalle desalentador, un lazo colgado del hombro. Me agarró la mano y me la sacudió como si, por ese sistema, quisiera desprenderme las orejas del cráneo. Casi me castañetearon los dientes.

—¡Soy Stew Brogger!, descendiente de los pioneros de Texas, emparentado con Chisholm *el Cojonudo*! ¡En mi rancho hay más reses que en toda Europa! ¿No le parece que este continente es una especie de tienda de antigüedades con un aprendiz que lo rompe

todo? ¿Se imagina que, en mi casa, tengo una reproducción de la Venus de Milo *con brazos* y aquí, a la auténtica, la tienen *rota*? ¡Con la de dinero que debe costar!

Fue horrible. Me obligó a salir fuera del aeropuerto de Orly y capturó con su maldita cuerda a una azafata que pasaba. Después de muchas explicaciones, ya en el avión de Bissau, me preguntó si yo sabía utilizar el lazo.

Sí que sé utilizarlo, porque estuve un tiempo en un rancho de Arizona, pero mentí diciendo que no. Si me llega a prestar la cuerda, juro que lo hubiera estrangulado.

Papá Brogger me contó que había comprado tierras en Guinea-Bisseau, toda una zona donde le habían dicho que había mares subterráneos de petróleo. Así, descubrí una nueva modalidad de estafa. Mamá Brogger se mareó y estuvo chillando, histérica, la mayor parte del viaje. Hijito Brogger seguía contándome los finales de todos los cuentos de Stephen King.

He viajado en bodegas de barcos mercantes como polizón, he pilotado aviones con una docena de pistolas apuntando a mi nuca, me he colgado de un helicóptero y he buceado agarrado a la panza de una lancha motora, pero nunca, nunca jamás, he realizado un viaje peor que aquél.

Así que, cuando aterricé en el pequeño aeropuerto de Bissau y una bofetada de calor me azotó la cara, respiré aliviado. Por fin, rompía mis relaciones con la gente «normal» y me lanzaba de cabeza al mundo enloquecido de la aventura.

Bajaron la escalerilla, primero, los señores Brogger. Yo iba detrás del niño, que seguía abrazado a su *skate-board.*

De pronto, en un extremo de la pista, apareció un *jeep* de los que tienen el gran letrero de «Follow me». En él destacaba la enorme humanidad de Sam *Luke* Morrison-Norton.

—¡*Eh, Indiana*! —gritó.

Fantástico Sam *Luke*. Tan desconfiado como siempre, había recurrido a un *gran remedio* para evitar el *gran mal* de un posible atentado.

El *jeep* se detuvo ante la escalerilla, precisamente delante del señor Brogger.

—¡Vamos, Indy! ¡Pasaremos la aduana por la puerta de servicio! ¡Tengo amigos aquí…!

Junto a mi oído explotó una bomba atómica o algo parecido. Ensordecí por un instante, mientras veía aparecer un círculo rojo entre las cejas de mi amigo el gigantón.

En un segundo, supe que acababan de matarle, y que el asesino viajaba conmigo en mi mismo avión, y que estaba a mi espalda, y que el siguiente en caer sería yo. Imaginé que alguien se interponía entre yo y el revólver, y por eso no había sido yo el primero en caer.

¡Pero sería el segundo!

Todo como en cámara lenta:

Mientras se fundía la sonrisa de Sam *Luke* y éste se desparramaba muerto sobre el *jeep*…

…Y mientras papá, mamá e hijito Brogger se volvían hacia mí con cara de inmensa sorpresa…

…Yo me agaché y me tiré de cabeza contra los tres, con ánimo de derribarlos, con la intención de impedir que la bala destinada a mí les diera a ellos.

Fue como un cataclismo.

Caímos rodando las escaleras, los cuatro, mientras todo el suelo sacudía epilépticamente a tripulación y pasajeros.

Un hombre alto y delgado, con un traje gris que le quedaba corto, saltó por encima de la barandilla de la escalera.

Entretanto, mamá Brogger caía sobre el mullido y muerto cuerpo de Sam *Luke* y lanzaba un interminable alarido; y el nene lloraba dejando entre mis manos su plancha de *skate board*…

…Y Papá Brogger hacía girar el lazo por encima de su cabeza, dispuesto a lazar al fugitivo, y gritaba:

—¡Ese ternero no se le escapa a un Brogger!

Yo me incorporaba y *lo vi.*

El hombre blanco del traje corto corría a largas zancadas, desesperadamente, hacia un avión *Pipper Azteca* que le esperaba con el motor en marcha muy cerca de allí.

Salió disparada la cuerda del tejano…

…Y falló por pocos centímetros…

…Para engancharse en el timón de la avioneta.

El larguirucho ya saltaba al interior del aparato, el aparato arrancaba…

…El señor Brogger, asustado, soltó la cuerda, por miedo a ser

arrastrado…

—*¡No!* —le oí decir.

Pero yo no podía permitir que huyeran aquellos asesinos. Y me agarré de la soga en el momento en que el avión tiraba de mí. Me vi, por un momento, arrastrado por el suelo. Y, para evitarlo, en la locura de la improvisación, tiré el patín del chico Brogger por delante mío.

Corrió el avión, tiró de mí, corrí…

…Y salté sobre el *skate board*, para dejarme arrastrar.

En el avión, sin duda, notaron el tirón de mi peso.

Hasta entonces, no me di cuenta de que me había vuelto loco.

Me vi arrastrado a una velocidad vertiginosa sobre la pista de despegue, agarrado a una simple cuerda, sobre un patín donde no viaja seguro ni un niño, y enfrentado a la evidencia de que nada impediría que aquel avión despegara…

…Conmigo o sin mí.

Me atreví a colgarme de una mano, sólo una mano, con toda la fuerza de mi bíceps, mientras ron la otra pasaba el extremo de cuerda por mi espalda y formaba un bucle en torno a mi cuerpo.

Arrastrado vertiginosamente como quien hace aquí acuático, anudé la cuerda ante mí. Estaba dispuesto a no permitir que aquel maldito avión escapara. En décimas de segundo, tuve la imagen de dos cuerpos muertos. Los dos grandes amigos. El viejo Nicholas Fielding y su traje negro. Aquella navaja asomando por su espalda. Y el asesino hurgó en la herida porque le gustaba hacer bien las cosas. Y Sam *Luke*, por Dios, Sam *Luke*, el gigante sueco, la quinta fuerza de la Naturaleza. El Aire, la Tierra, el Agua, el Fuego y Sam *Luke*. Réquiem por Sam *Luke*, amigo…

—…Amigo… Te juro que tus asesinos no escaparán…

El avión llegaba al final de la pista… Más allá, había terreno baldío… Y una valla metálica.

¡No quería ni pensar lo que me sucedería si no nos elevábamos pronto…!

«¿Elevábamos? —Me horroricé entonces—: ¡Pero si yo sólo quería parar el avión!».

Empecé a trepar desesperadamente por la cuerda, acortando la distancia que me separaba del aparato. Quizá fueran imaginaciones mías, pero el *skate board* ardía a mis pies.

El avión despegó sus ruedas de tierra.

Aguanté la respiración.

Una fuerza inmensa tiró de mí hacia el cielo…

…¡Justo a tiempo! Mis botas golpearon contra la valla metálica…

Mi corazón, mis pulmones, mi alma, mis sentidos, formaron una bola muy prieta y se instalaron en mi vientre, en el momento en que el mundo quedaba abajo… ¡Dioses!… El pequeño aeropuerto de Bissau, la típica capital africana de 60 000 habitantes. Más allá, la meseta de Fouta Djallon, y todos los ríos que surcan el pequeño país…

…Y al otro lado, el mar, el mar inmenso…

El avión capotó a la derecha, seguramente debido a mi peso. O quizá me lo pareció. Y el timón de cola, al moverse, rozaba la cuerda y la iba cortando poco a poco, o quizá me lo pareció.

Empecé a trepar con mucho cuidado. Aquellos bandidos no se me iban a escapar.

El avión picó. Prácticamente se dejó caer hacia las pantanosas tierras de Guinea-Bissau.

Me quedé sin aire. Mis músculos iban a reventar, pero aún tenía que pedirles más esfuerzo.

Y más, y más, y más.

Y trepé, y trepé, y trepé.

¡El *Pipper Azteca* se iba a estrellar!

No: Haría vuelo rasante para estamparme contra el suelo.

«Amigo —pensé—, si yo toco el suelo, tú también».

Y me abracé a la cola como si fuera la mismísima Marilyn Monroe.

Me pareció que pasábamos a milímetros del suelo. (Seguramente exagero). Y a continuación, me pareció que subíamos de golpe a dos mil metros de altura. El mundo era una pelota de golf a mis pies.

El timón de cola empezó a abofetearme. El avión iba haciendo eses. Supuse que iban a probarlo todo con tal de despejarme de allí. Me solté y quedé colgando nuevamente de la cuerda.

En aquellos momentos, ya no tenía miedo a morir. Ya me daba prácticamente por muerto. Mi única obsesión era no caer solo.

El larguirucho del traje corto abrió la portezuela del Pipper y se asomó, mirándome y apuntándome con un gran revólver Magnum.

—¡Sube! —me dijo.

—¡Y una mierda! —contesté.

—¡Sube, idiota! ¡Si quisiera matarte, ya lo hubiera hecho!

—¡Necesitas mucha puntería para eso! —le desafié. (Total: yo ya estaba muerto).

Disparó. El «Magnum» tronó con tal fuerza que creí que todos habíamos estallado, y el tirón que dio mi macuto me hizo pensar que se me había desprendido un brazo.

—¡Mira dentro de tu macuto! —gritó el largo—. ¡Verás que he perforado la inicial de tu apellido en tu pasaporte!

De pronto, el avión perdió altura. En realidad, cayó a plomo. Yo me sentí flotar en el aire. Creo que incluso quedé por encima del aparato. Y, a continuación, el piloto hizo subir al *Pipper Azteca* directo a las estrellas.

No sé cómo lo hizo, pero el golpe casi me partió en dos, me hizo perder el conocimiento por un segundo. Me despertó la cuerda que, corriendo dentro de mi puño, me abrasaba la piel. Aullé, miré abajo, dos mil metros, ¡dioses!, la infinidad, y miré arriba, buscando auxilio.

—¡Sube, estúpido! ¿No ves que te estoy perdonando la vida?

Trepé a fuerza de músculos, a pesar de que las palmas de mis manos estaban completamente abrasadas por el roce de la cuerda. Tensé mis músculos, al límite de sus fuerzas, una vez, y otra, y otra, hacia el avión, que oscilaba por encima de mi cabeza.

Pensé que podía derribarlo si me lo proponía. Y que, puesto que me iban a matar, quizá no perdiera nada con eso.

Pero hay algo llamado instinto de supervivencia, que es más poderoso que uno mismo.

Me icé, y me icé con cuidado de que o se zarandeara el avión.

El larguirucho sacó una pértiga con un gancho en un extremo con el que enganchó la cuerda y la atrajo hacia la puerta. La fijó a alguna parte que soportaba bien mi peso.

Seguí subiendo agónicamente hasta que el canon del «Magnum Colt Python» 357, quedó a menos de un palmo de mi frente.

El larguirucho tenía cara con forma de mazorca de maíz, labios finos y ojos azules. Medio calvo. Le vi muy pálido e incapaz de sonreír. Mientras yo subía al avión, pude observar que se había orinado en los pantalones.

Entonces, comprendí que ellos habían pasado más miedo que yo. Que efectivamente podría haber hecho que el avión se estrellara. Que quizá me hubiera bastado conminarles a rendirse para tenerlos a mi merced.

Pero ya era tarde para intentar comprender todo aquello.

En cuanto acabé de auparme, el «Magnum Colt Python» 357 cayó sobre mi cabeza con todo su peso, y yo caí con todo mi peso, y sin ninguno de mis sentidos, al fondo del avión.

CAPÍTULO III

Me despertó el aterrizaje. La brusquedad del golpe, el chirrido de las ruedas, el silbido de los retropropulsores.

Traté de incorporarme, agarrotado por mil dolores. Estaba atado fuertemente. Sentí un mareo, una náusea. Miré por una ventanilla y vi deleito. La infinidad ocre y azul del desierto.

Luego, me enfrenté al «Magnum» del larguirucho.

—¿Dónde estamos? ¿En la playa?

—Ssscht… —pidió silencio poniéndose el revólver ante los labios, como si fuera un dedo índice.

—No chistes, que te vas orinar otra vez —le advertí.

En sus ojos azules chispeó el odio asesino. Yo pensé que, si no me habían matado para entonces, ya no querrían hacerlo.

—Te voy a decir cuál es tu futuro —dijo en voz baja—. Ahora, nadie sabe dónde estás. Se ha perdido tu rastro. En adelante, trabajarás durante años y años en minas muy oscuras. Te pagarán con un puñado de avena mezclada con agua. Y, cuando seas viejo y te hayan abandonado las fuerzas, te regalarán la libertad y tendrás que mantenerte por ti mismo. Ese día, comenzarás a morirte de hambre.

—Quedas despedido —le dije—. Mañana me buscaré otro biógrafo.

—No te lo tomes a broma. No podrás escapar. No podrás cruzar el desierto a pie…

El avión se detuvo. El piloto se levantó. Era un guaperas rubio platino, muy moreno, muy orgulloso de su porte escultural y vestido con uniforme caqui.

—Dejad de decir tonterías y abajo los dos. ¡Menudo viaje me habéis dado!

El larguirucho trató de levantarme en vilo y empujarme hacia la pista de aterrizaje. Tuvo suerte de que yo lo ayudara. Salté a tierra y tuve que hacer un esfuerzo para que no me flaquearan las piernas.

Me encontré ante una pequeña ciudad de casas bajas, edificadas con adobe de baja calidad. Más allá, podía distinguir chozas de caña y barro. Los habitantes eran negros. Vi a pocos de ellos. Negros vestidos al estilo musulmán.

El larguirucho me empujó hacia el centro del villorrio. Caminé dando traspiés. Entré así en un lugar pobre, triste, sin campos cultivados, ni ganadería, ni nada. Una población absurda en medio de un desierto rojo, con pista de aterrizaje para no recoger a nadie. Poco a poco, incluso antes de ver la boca de la gruta, empecé a sospechar de qué se trataba aquello.

—Dile al jefe que lo espero por aquí. Voy a liarme un baño… — Oí que decía el piloto.

La gruta se abría en un desnivel rocoso de apenas dos metros de altura. Y apuntaba hacia abajo, a las entrañas de la tierra, como un hormiguero gigante. Un olor nauseabundo me golpeó el olfato, y gritos, lamentos y canciones llegaron a mis oídos, como los cantos de sirena que enloquecían a Ulises…

—Esclavos —susurré. Y recordé que aún hoy, cerca del año dos mil, hay zonas en África donde se comercia con seres humanos.

Al entrar en la gruta, el contraste entre las sombras y el sol que dejábamos atrás me cegó por completo. A pesar de ello, el largo siguió empujándome, manteniendo el «Magnum» bien pegado a mi espalda. Yo, atado, nada podía hacer.

Poco a poco, me di cuenta de que avanzábamos por un pasillo iluminado por lámparas de butano, a ambos lados del cual se habían excavado celdas donde se apiñaban hombres de color.

—Provocaré una rebelión de esclavos —susurré, feroz.

—En todo el área del Sahara… —me contó mi guardián—. Mali, Níger… Hay más de 200 000 esclavos. Personas que jamás abandonarán a su señor porque su religión se lo prohíbe. Si consigues convencer a uno solo de estos 200 000, te felicitaré. Y os volaré la cabeza a los dos. —Y. enseguida, fríamente—: Ya hemos llegado. Abre esa puerta.

Pensé en negarme, pero luego decidí que mientras hay vida hay esperanza, y obedecí. Descorrí un gran cerrojo de una pesada

puerta. De inmediato, el largo me propinó una patada que me precipitó al interior de bruces.

Luego, se cerró la puerta y se hizo la oscuridad.

Olía a humedad y a excrementos humanos, y a sudor, y a desgracia. Yo, boca abajo, no me podía mover. Y tampoco quería moverme, tan a oscuras, tan sin saber qué era lo que me aguardaba.

Poco a poco, me acostumbré a la penumbra, apenas desvelada por la luz que se filtraba por las rendijas de la tosca puerta.

Algo se movía a mi alrededor.

Pensé en el cuento de Stephen King, en los hombres que bajaban al sótano de la fábrica a limpiar un mar de ratas. Me dio una náusea.

Algo estaba tocando las cuerdas que me ataban.

Reculé como pude, convulso, me revolví…

…Ante mi había un ojo muy abierto y dos hileras de dientes que parecían brillar en la oscuridad con luz propia.

Grité y traté de reptar para alejarme de aquello. Creo que en aquel momento recuperé realmente mis facultades. Desde que me habían golpeado en el avión, yo me había movido mecánicamente. Me parecía remoto y absurdo el pueblo de la superficie, y lamentaba haberme dejado conducir hasta aquella celda sin oponer la menor resistencia. Pero, de pronto, la presencia de una amenaza desconocida me devolvía todos mis recursos.

Hasta el punto de que pude comprender que acuello era fin ojo humano, y que la boca me sonreía, y que eran unas manos invisibles las que trajinaban mis cuerdas… para desatarme.

Era un negro, prisionero como yo, quien me desataba. Y decía palabras tranquilizadoras en un idioma que me recordó vagamente al swahili.

Probé de saludarle en ese idioma, especie de esperanto extendido por toda África.

—*Yambo* —dije. «Hola».

—*Hawari* —contestó. «¿Qué tal?».

Entramos entonces en una grotesca sarta de formalismos.

—*Muzuri sana* —repliqué. «Bien».

—*Asante sana* —terminó él. «Gracias».

Siguió un silencio que me hizo temer que aquel hombre supiera tan poco vocabulario como yo. En realidad, aparte de *Safari* (viaje),

Bwana (señor), *Simba* (león), *Tembo* (elefante) y *Chakula* (comida), sabía muy poco más.

—*Muzungu* —dije lentamente, haciendo un esfuerzo de memoria, mientras acababa de desatarme—. *Muzungu kwaheri* «El blanco adiós», esperaba que entendiera que yo quería salir de allí.

—*Muzungu mbaya* —protestó el negro tuerto—. «Los blancos son malos».

—Yo… —me señalé—. Yo no *mbaya*… Yo bueno… Yo *kwaheri.*

Bah. Me exasperé. ¿Qué podía hacer por mí aquel hombre desgraciado? Hurgué en mi macuto perforado por la bala del «Magnum» y extraje de él un encendedor. A su luz, pude ver claramente los rasgos de mi amigo, que se sobresaltó por un momento.

Tenía el rostro cruzado por las típicas cicatrices que ostentan algunos pueblos africanos. En la frente, se veía un pequeño triángulo de protuberancias cuyo vértigo apuntaba a su entrecejo. En la mejilla derecha, un colección de cicatrices que me recordaron a una mariposa. Pero, si todo aquello parecía ritual, la gran herida que le había dejado tuerto del ojo izquierdo procedía de una agresión de ánimo homicida. Me extrañó que todavía pudiera seguir vivo.

—Yo *kwaheri* —insistí—. *Muzuru kwaheri.*

—*Poto*… *Poto* —dijo entonces.

Y señaló a una de las paredes terrosas de aquella cueva excavada en el desierto. En ella se reflejaba la titilante luz de mi encendedor. *Poto*… *Poto*, «barro»…

¡Aquel condenado Negro Tuerto me había entendido perfectamente!

Gateé hasta aquel lado de la gruta. En el silencio siguiente, oí el goteo, tic-tic-tic, del agua que empapaba aquella parte de mi encierro, que la hacía blanda y fácilmente penetrable…

Empujé la pared… y mi mano derecha desapareció en su interior. Saqué un puñado de barro, *poto*… *poto*, como si fuera algodón. Resultaba tan sencillo horadar aquella gruta como achicar agua de un bote con ayuda de un cubo.

—¡Vamos, ayúdame! —le dije a Negro Tuerto.

El me sonrió, se cruzó de brazos y piernas y se dispuso a asistir al gratificante espectáculo de un blanco trabajando para él. O quizá

su religión le impedía escapar, como había dicho el larguirucho del «Magnum». Bueno, fuera como fuese, yo no estaba dispuesto a seguir metido, allí mucho rato más.

Al cabo de pocos minutos, yo tenía medio cuerpo metido en un túnel de barro. El agua goteaba sobre mi espalda como manantial y yo experimentaba terror pánico ante la perspectiva de que todo el fango se me viniera encima y me ahogara. En realidad, estaba deseando llegar a un terreno más consistente. Quizá me costaría más avanzar pero, al menos, no correría el peligro de morir sepultado…

¿No correría ese peligro? Mi imaginación se desbocaba.

Vi que llegaba a un terreno más firme, que excavaba en él y que, de pronto, cuando ya me había creado un nicho de paredes y techo consistentes, se hundía el túnel de barro. Imbécil de mí, lo primero que pensé fue: «Mejor, así no descubrirán mi fuga, no sabrán por dónde me he ido». Después me di cuenta de que estaba encerrado en un nicho… *¡Enterrado vivo!*

Pero eso eran imaginaciones, mientras yo iba echando barro hacia atrás, frenéticamente, avanzando hacia… ¿Hacia dónde?

El terreno cada vez estaba más blando. A decir verdad, se me hundían las manos en aquel lodo viscoso…

Dioses, mi imaginación gastándome nuevas jugarretas. «Arenas movedizas», pensé. Me vi hundiéndome, desesperado…

Ya tenía todo mi cuerpo dentro del pasadizo que yo mismo creaba, cuando me di cuenta de que estaba excavando hacia abajo. Evidentemente, la blandura del terreno debía de ayudarme a ello.

—¿Dónde te crees que estás yendo? —Mascullé en voz alta—. ¿Al centro de la Tierra?

Estaba enloquecido. Tampoco a eso tenía respuesta: ¿Dónde creía yo que estaba yendo, efectivamente? ¿Qué maldita salida creía que podía encontrar cavando bajo las arenas del desierto?

—Un río subterráneo —me dije, cargándome de paciencia—. Basta con que esta agua llegue a una capa de tierra impermeable, o más penetrable, o más penetrable que esta maldita arenisca, para que se forme una corriente subterránea…

—¿Y después? —preguntaba la parte más desagradable de mí mismo.

Y seguí cavando.

Mi mano atravesó el muro de barro y quedó suspendida en el aire. De inmediato, algo me la pellizcó. Grité y retiré la mano. A la luz del encendedor vi que mi dedo índice sangraba abundantemente. ¿Un pinchazo? Bueno, había llegado demasiado lejos para detenerme en aquel momento. Adelante.

Metí las dos manos en el barro y saqué el puñado que me separaba de una oquedad. Al mismo tiempo, comprendí que aquello no había sido un pinchazo, sino un mordisco.

Y una bola de miedo se me instaló en las entrañas. Algo me contrajo y me congeló la nuca.

Al mismo tiempo que un coro de chillidos me atravesaba los tímpanos.

¡Ratas!

Retrocedí rápidamente, agarrotado, respirando agitadamente. Hice un esfuerzo por serenarme. Dioses, yo que había peleado con un tigre no podía echarme atrás delante de simples ratas…

—Has avanzado demasiado —me dije.

Temblando, hurgué en el macuto. Saqué la poca ropa que había en él. Calzoncillos, calcetines, un par de camisas… Metidos en una bolsa de plástico que los protegía de la humedad.

—Negro Tuerto… ¿Negro Tuerto? —Me volví, con voz temblorosa.

Maldita sea. No me había seguido. Bien… Después de todo, ¿de qué me habría servido que me siguiera?

Tenía la boca seca. Se me había evaporado la sangre. Me dije que no me podían hacer nada, que se trataba de animales asustadizos. También me dije que quería matarlos a todos. Me aterrorizó el boquete que acababa de abrirles… Nunca he sentido tantas náuseas como en aquel momento.

Apreté la boca de la bolsa de plástico, acerqué a ella el mechero de gas y empecé a vaciar dentro de la bolsa gran parte de la carga.

Anudé la bolsa. Prendí fuego al plástico y lancé aquel artefacto improvisado a la abertura que se había practicado en el barro.

Inmediatamente, el gas se incendió en una llamarada azul al mismo tiempo que la bolsa explotaba con un inofensivo bom.

A aquella luz, vi los ojos rojos y brillantes de cientos de ratas expectantes ante mí. Los dientecilios blancos, sus garras crispadas, sus cuerpos peludos, oscuros y repulsivos.

A aquella luz, al mismo tiempo, un griterío agudo y cortante como un cuchillo me taladró los tímpanos mientras los bichos corrían en todas direcciones y dejaban un camino ante mí.

Tomé aliento y pasé al ataque.

Repté sobre los codos con febril precipitación, mientras prendía fuego al puñado de ropa que llevaba en la mano.

Me incorporé cuando intuí que podía hacerlo y avancé en un infierno de oscuridad y chillido infinito. Lanzaba piezas de ropa a un lado y a otro, formando flujos y reflujos en la multitud de alimañas. Pero en el suelo había como un palmo de agua, y las ropas se apagaban en cuanto caían.

Tuve el tiempo justo de ver que estaba en una especie de pasillo de una anchura de dos metros. Un pasillo que se perdía en la oscuridad, frente a mí, imposible saber dónde conduciría.

Vi también que el suelo se movía hacia mí, como la epidermis de un monstruo vivo y palpitante.

Oleadas de ratas a mi alrededor.

Y las ratas decidieron atacarme.

Al mismo tiempo yo inicié mi carrera.

Fue espantoso. Trepaban por mis pantalones con vertiginosa rapidez, como buscando mi cara, mi boca, mis ojos. Apenas me daba tiempo a apartármelas del rostro, lanzándolas lejos de mí, bien lejos, maldita sea, bien lejos… Cuando ya subía otra, como un estremecimiento, a lo largo de mis ropas.

Sus dientes llegaron a la piel de mis piernas a través del pantalón. Por fin, tuve que detenerme para no caer… («¡Dioses!», pensé, «*¡Caer!* ¡Si caigo me devorarán vivo…!»). Mis piernas estaban entorpecidas por el peso de aquellos asquerosos roedores infernales…

Los agarraba con la mano, los estrujaba hasta quebrarles los huesos y los tiraba lejos. Me arranqué una de la cara cuando acababa de morderme en la barbilla. *¡Dioses, me convertí en un racimo de ratas…!*

Y, chillando como un poseso…

…Porque chillaba para sacar de mi interior aquel pánico enloquecido que me encendía…

…Chillando y chillando, fuera de mí, tropecé y caí al mar de ratas…

Allí chapoteamos ansiosamente yo y las ratas, las ratas y yo, por espacio de unos segundos que me parecieron horas.

Me levanté de nuevo, todo yo convertido en un descontrolado temblor epiléptico, y eché a correr.

Me arrancaba las ratas de encima a puñados…

…Chillaba…

…Pisaba ratas…

…Que chillaban en una melopea interminable…

…Y, de pronto, mis ojos fruncidos vieron un destello de luz. Luz de día, sol, aire puro en alguna parte del mundo…

Y un grito:

—*¡Venga por aquí, sea quien sea!*

En inglés. Y la voz me resultó claramente familiar.

CAPÍTULO IV

La constatación de que no iba a morir me dio nuevas fuerzas para correr hacia la luz. Dos siluetas vinieron a mi encuentro, me libraron de las ratas que aún llevaba pegadas a mis ropas y evitaron que me fallaran las piernas y yo cayera redondo al suelo.

Al mismo tiempo, un tipo vestido íntegramente de blanco, con flecos en la cazadora y gorra de jugador de béisbol, entró en la cueva cargando un gran lanzallamas.

—¡Apartaos! ¡Apartaos! —gritaba.

Resistiéndome a la fuerza que ejercían mis salvadores sobre mí, me volví hacia el interior de la gruta.

—Quiero verlo… —dije varias veces.

El lanzallamas convirtió aquella cámara en un formidable infierno. Las ratas fueron arrinconadas por un chorro de fuego, se convirtieron en chispas, gotas que salpicaban en todas direcciones.

Entonces, sonreí cansinamente.

Y el hombre de blanco se volvió hacia mí y, triunfalmente, dijo:

—¡*Diablos, esta vez sí que creí que no lo contabas*!

Se fundió mi sonrisa.

Dioses. El hombre que acababa de salvarme la vida era ni más ni menos que Harriford Jones, el Aventurero Millonario, el Hijo de Papá que cruzaba el Atlántico en «pedalo», el que se había fotografiado con el Yeti, el que había salvado a una aristócrata francesa de un burdel de Australia. *Dioses.*

Inmediatamente, me vi sumergido en un mundo de ciencia-ficción. Harriford Jones cambió el lanzallamas por un fusil de asalto Kalashnikov y saltó (y me hizo saltar a mí) sobre un carro blindado VAB 4 × 4 provisto de una torre Hispano-Suiza HML de lanzamiento de misiles ultraligeros SATCRP, de un radar Thompson CSF-TRS-2600

y de un sistema pasivo infrarrojo SAT Vipere. Desde el blindado nos filmaba un Vídeo Sony U-MATIC y por encima de nuestras cabezas volaba un helicóptero *MBB* de transporte de tropas.

Corríamos por una zona rocosa y fértil. Al otro lado de unas pequeñas estribaciones, en el centro del oasis, descubrí la pequeña población de casas de adobe, destruida y en llamas. Un grupo de negros, en taparrabos, asustadísimos, se desperdigaba en todas direcciones. Hombres, mujeres y niños. —¡Escapen! —Y luego, en tono normal, se dirigió al cameraman del vídeo—. ¡Enfoca a ese moro! ¡A ese moro que huye! —Y luego a los del vehículo blindado —: ¡A por el moro, que no escape!

Un hombre vestido de musulmán corría entre las chabolas. De espaldas contra la pared, sacó de entre sus ropas una pistola y disparó contra nosotros, al tun… tun. Harriford Jones le respondió con una ráfaga de Kalashnikov que casi lo partió en dos.

—¡Está bien! —proclamó Harriford Jones. Se volvió hacia mí—: ¡Amigo, creo que esta vez les hemos dado su merecido a estos mercaderes de esclavos…! —Miró a la cámara—: ¡Diablos, esta vez sí que creí que no lo contaba! —Y cambió el tono de voz—: ¡Está bien, corta! —A los del helicóptero—. ¡Eeeh! ¡Ya hemos terminado! ¡Vámonos! —Y, acto seguido, sin solución de continuidad, me dio una palmada en el hombro y habló, relajándose, como quien ha terminado un trabajo penoso—: Bien, amigo, me llamo Harriford Jones. Ahora le curarán esas mordeduras de rata, y le darán ropa limpia. Le vamos a vacunar contra todo, incluida la gripe. ¿Su nombre?

—Indiana James.

Abrió muchísimo los ojos y su boca se ensanchó en magnífica y luminosa sonrisa.

—¿En serio? ¿Quiere decir que tengo el honor de conocer al mismísimo… en persona…?

No pude negar que me sentí halagado, pero no estaba en condiciones de demostrarlo. Desde el helicóptero de transporte de tropas habían descolgado unos cables de acero que los colaboradores de Harriford Jones fijaban al vehículo blindado y, de pronto, fuimos izados desde el *MBB* como si fuéramos ingrávidos.

De cualquier forma, creo que Harriford Jones no me hubiera abrazado. Era evidente que le daban asco el barro y la sangre que

me cubrían.

El helicóptero *MBB* nos llevó hasta un aeropuerto donde nos esperaba un gran avión *Ilyushin*, de fabricación rusa. En ese trayecto, un reportero hizo unas cuantas preguntas a Harriford Jones, mientras un par de taquígrafos tomaban nota de sus declaraciones. Luego supe que uno de los taquígrafos era quien escribía los libros de la colección «*MI AVENTURA EN*…» y el otro era el autor de los fascículos «YO *LO HICE*». Dos grandes fuentes de ingresos del Aventurero Millonario.

Así, mientras un médico curaba mis heridas y encargaba por radio que alguien preparara todas las vacunas existentes, pude enterarme de lo que había sucedido.

—Hacía tiempo que iba yo detrás de esa banda de mercaderes de esclavos… —empezaba el relato de Jones. Pronto descubrí que era un hombre de muchas palabras, incapaz de decir algo como «Vine, vi, vencí»—: Después de unas agotadoras jornadas bajo un sol que había levantado ampollas hasta en nuestras uñas, con los labios resquebrajados por la sed, los pies deformados a causa de una larga caminata y el cuerpo tenso debido al esfuerzo físico y mental por conseguir llegar a nuestro inalcanzable destino antes de que un horrible final se cerniera sobre aquella desgraciada gente de color, sin ninguna posibilidad de ayuda…

En resumen: Que estaba pegando tiros a los mercaderes de esclavos cuando alguien oyó mis chillidos y vinieron a ver qué pasaba. Un buen episodio para la última aventura de Harriford Jones.

El avión *Ilyushin*, de despegue vertical, aterrizó cerca de la costa del Atlántico. Sin perder tiempo, abordamos un fantástico *Hovercraft* que nos llevó mar adentro, fuera de aguas jurisdiccionales.

—Un buen aventurero ha de ser ciudadano del mundo —proclamó, eufórico, mi anfitrión—: ¡No podemos permitirnos el lujo de tener una nacionalidad! —Y me consultaba—: ¿Verdad?

—Verdad —decía yo.

En el *Hovercraft* me vacunaron contra todo, me permitieron bañarme y perfumarme, y me tomaron medidas para vestirme.

—¿Cuál es su estilo? —me preguntó Harriford—. ¿Aventurero clásico, aventurero moderno, elegante, deportista…?

—Simplemente, camisa y pantalones. Y que me dejen mis botas.

Me dieron una camisa color salmón y pantalones rojos. Encima, mi chaleco de cremalleras era como un escupitajo. Pero no quise prescindir de él ni de mi macuto perforado por bala de «Magnum». Nunca me había sentido más pobre. Mis pertenencias seguían siendo el pasaporte, el cepillo de dientes y un libro de Stephen King alcanzado por un terrible balazo.

Harriford Jones estuvo concediendo entrevistas a la prensa de todo el mundo hasta que llegamos al *Horizons Unlimited*, un yate de su propiedad que parecía tan grande como el Empire State Building acotado.

Una vez a bordo de este ingenio, con un *daikiri* en las manos y una fabulosa mulata brasileña empeñada en que le ayudara a soportar el peso de sus pectorales con mi hombro derecho, tuve por fin una entrevista reposada con el Aventurero Millonario.

—Bien, señor Jones… —empezó él, en su tono ampuloso.

—James —le corregí. Me miró.

—¿James?

—Me llamo Indiana James —dije.

—¿Indiana James? ¿No es Jones? —En su rostro podía verse franca contrariedad. Se había equivocado de persona y no le gustaba equivocarse—. Yo había entendido Jones.

—Pues es James. Indiana James.

Por un segundo, creí que estaba a punto de echarme de su barco y echarme de nuevo a las ratas. Luego, trató de recomponer el gesto, pero con menos énfasis.

—Bueno, James, Jones, ¿qué más da? El caso es que los dos estamos metidos en lo mismo, ¿verdad? Usted debe de ser aventurero… ¿Qué hacía metido entre las ratas?

Pensé un poco antes de responder. Por fin, mentí:

—Quería rescatar a esos pobres esclavos… Pero parece que usted se me adelantó…

—¿Y cómo supo de estos mercaderes? —preguntó él, evidentemente receloso.

—Fui amigo de una de las familias capturadas —seguí mintiendo —. De una tribu situada junto al río Cacheu, cerca de la zona más pantanosa del país…

Asintió, reflexionó y frunció los labios. Por fin, se decidió a

hablar.

—¿Sabe cuál es mi próximo proyecto?

—He oído hablar de ello. Algo así como ir a buscar el *Spirit of the Shadows* al Triángulo de las Bermudas, ¿no es eso?

—Algo así. ¿Y sabe usted qué es el *Spirit of the Shadows*?

Decidí dar muestras de una erudición que no me concedía.

—Un barco fantasma, como el del *Holandés Errante* o el *Mary Celeste*. Un galeón del siglo XVIII que de vez en cuando se aparece a los pescadores de las Bermudas con los cadáveres de su tripulación, horriblemente mutilados, a bordo… ¿Es eso?

—Algo así, más o menos, sí… Exactamente, se trata de una goleta. Llevaban esclavos a Norteamérica. Los esclavos se amotinaron y tiraron por la borda a la tripulación blanca. Dicen incluso que se alimentaron con la carne de los traficantes. Y que por tal abominación, fueron destruidos por una furia infernal y condenados a vagar eternamente por los mares. ¿Qué opina de eso?

—Me parece una fantasmada —repliqué sinceramente.

—¿Pero usted se vendría conmigo a buscar el *Spirit of the Shadows*?

—Soy una persona muy curiosa. Me gustaría saber cómo se hace lo imposible…

Se inclinó hacia adelante, acodándose en sus rodillas.

—Señor Indiana… James. Me he fotografiado abrazado al Yeti. Todo el mundo decía que era imposible, pero yo, Harriford Jones, lo hice.

—No lo dudo —repliqué, desafiante, apartando a la mulata y a sus pectorales—. La pregunta es cómo.

Harriford Jones asintió y descolgó el auricular de un teléfono que tenía a mano. Dijo simplemente:

—Soy Jones. Que Papá Samedí prepare una macumba para esta noche. Llevo invitados. —Colgó y se volvió a mí—. ¿Conoce usted a Papá Samedí? —Negué con la cabeza—. Es un brujo, el mejor *médium* de todo Brasil. Mundialmente reconocido incluso por los más escépticos… —Se refería a mí—. Con sus rituales, ha provocado la materialización de muchos espíritus. Ha creado zombies, muertos vivientes que van por el mundo, como usted y como yo, esperando sus órdenes… ¿No me cree?

—Siga. Siga.

—El invocará al *Spirit of the Shadows* y, cuando se nos aparezca, producirá tal cantidad de ectoplasma, inundará la aparición de tal aura ectoplasmática, que la simple visión tomará consistencia… El me ha prometido que podremos entrar en el puerto de Nueva York llevando remolcado al *Spirit of the Shadows* con todos sus cadáveres a bordo…

Suspiré.

—Cuente conmigo, Jones. Si todo eso es posible, yo quiero estar presente.

En el majestuoso *Horizons Unlimited* llegamos a las Bahamas. Vino a buscarnos un ágil y escurridizo helicóptero *Agusta A-129 «Mangtista»* y con él sobrevolamos algunas islas del archipiélago hasta una concreta denominada Cayo Rhum.

Seguíamos en el mundo de ciencia-ficción. La isla era una auténtica fortaleza de paredes blancas. En su perímetro, playas como sólo se ven en los anuncios para ricos, arenas blancas, palmeras y todo eso. Y un puerto donde anclaban dos yates, una flotilla de fuera-bordas, un pequeño submarino de investigación y unos cuantos barquitos de pesca. Dentro de la muralla, un jardín fantástico en cuyo césped, escrito con flores amarillas y rojas, se podía leer: «*I LOVE HARRIFORD JONES*». Y cinco edificios, todos blancos, todos ultramodernos. Cuando el *Augusta A-129* buscaba el helipuerto, vi varios solariums donde tomaban el sol agraciadas muchachas con poca ropa…

—Mis damas de compañía —me explicó Jones, con sonrisa intencionada.

Aterrizamos. Nos encaminamos hacia el edificio central, sólo un poco más pequeño que la sede de las Naciones Unidas. Una muchedumbre de empleados corría de un lado para otro, sobre todo con la intención de que Amo Jones lo encontrara todo a punto y en su sitio. Atravesada la primera muralla, y un vestíbulo de mármol blanquísimo, desembocamos a un jardín interior con piscina, en torno a la cual pululaban auténticos rebaños de chicas en *top-less* y tanga.

—Luego, podrá elegir a la que quiera —dijo Jones, haciéndome caminar hacia un anexo—. Ahora quiero presentarle a Papá Samedí.

Papá Samedí nos esperaba sentado en un sillón de mimbre, de gran respaldo que formaba una especie de aureola de adornos y

filigranas en torno a su cabeza. Bebía algo azul turquesa en una copa del tamaño de una pecera. Y miraba la inmensidad azul gris del océano Atlántico.

Se levantó para saludarnos. Era un hombre alto y enjuto, de piel negra y pelo muy rizado. Vestía de lino blanco, con una camisa ceñida al cuello y los faldones por fuera de los pantalones. Iba descalzo. Sus ojos eran grandes y serenos.

—Le presento a Indiana James —dijo Harriford, como si estuviera orgulloso de mí.

Papá Samedí me miraba fijamente a los ojos.

—Un gran espíritu —dijo, con voz profunda.

CAPÍTULO V

Aquella misma noche, se celebró el ritual.

En la playa, extramuros de la fortaleza, bien cerca del mar para tener la protección del Iemanjá y sus hijas las Oxuns. Iemanjá es el mar, como muy bien dijo Papá Samedí, es Neptuno, es Saturno, es Afrodita, Madre de la Creación. Por eso necesitábamos su protección contra los malos espíritus del mar.

Hicimos una hoguera y nos congregamos unas veinte personas en torno a ella y a Papá Samedí. Éste tenía consigo a tres muchachas algo sosas, que sostenían velas encendidas y canturreaban desde antes que se hiciera de noche.

Papá Samedí bebió algo humeante que le habían preparado las chicas y se puso a bailar, convulsionándose con frenesí, y a cantar una larga melopea en portugués haciendo frecuentes referencias a Sao Jorge, Ogun, Oxalá, Obá, Oxun, Xangó y, naturalmente, a la divina Iemanjá. En un momento dado, todos pudimos notar que perdía el control de sí mismo. Entonces, las muchachas empezaron a cantar en otro tono, más agudo, en voz más alta, con un ritmo cada vez más sincopado y acelerado, y pusieron manos a la obra.

Una, la más gruesa, detuvo a Papá Samedí, que atacado de temblores epilépticos, babeaba y gemía, en trance. La mujer le secó el sudor y las babas, y ronroneó una especie de canción de cuna para tenerlo quieto. El médium «¡Nnnnnnn!», entre dientes. Ponía los ojos en blanco. Parecía un monstruo a punto de atacar.

—¿Qué le parece? —me susurró Harriford Jones.

Todo aquello no podía ser fingido, y se lo dije.

Entonces, mientras una chica entonaba un cántico estremecedor, la otra degolló un gallo. Tiró la cabeza a la hoguera y derramó la sangre que brotaba de la bestia, como fuyente, sobre la cabeza de

Papá Samedí.

Mientras éste empezaba a gritar como un poseso, «*Iemanjáaaaa! Iemanjá, vem! ¡Sáo Sebastiáo de Rió de Janeiro…*!», tuve sin duda una alucinación.

Las llamas de la hoguera tomaron forma de cabeza de gallo. Luego, girando en un inexplicable torbellino, parecieron reproducir un perfil humano y, de pronto, se abalanzaron como una zarpa sobre la chica que cantaba.

La chica fue sacudida como por una corriente eléctrica y, convertida en una antorcha viviente, corrió de un lado para otro. Los hombres que asistían al ritual trataron de esquivarla. Pero dos de ellos no pudieron hacerlo y se vieron arrastrados hacia el mar por aquella mujer incendiada.

Los tres cayeron aparatosamente al agua, se apagó el fuego, y la voz serenísima de Papá Samedí, recuperada la serenidad con que le había conocido, dijo a nuestra espalda:

—Esos dos hombres no pueden ir. Son espíritus impuros.

Me pareció que me miraba demasiado directamente al entrecejo. Como si quisiera decir: «Tú también eres un espíritu impuro», pero no se atreviera.

A Harriford pareció tranquilizarle el hecho de que no lo dijera. Como si ése fuera el visto bueno que me autorizara a conocer todos los pormenores de la expedición.

Cuando se me llevaba hacia la fortaleza, observé que la chica y los dos hombres salían del agua tan tranquilos. Ella ni siquiera llevaba chamuscado el pelo.

—¿Qué le ha parecido? —me preguntaba el Aventurero Millonario—. No puede haber truco, ¿verdad? ¡Es imposible que ese hombre sea un farsante…!

Me pareció que necesitaba de mi opinión igual que había necesitado la de Papá Samedí para aceptarme a mí.

—No puede haber truco… —dije—. Es lo más fantástico que he visto en mi vida.

Al día siguiente, vestidos los dos de caqui, Harriford Jones convocó una rueda de prensa para presentarme y para dar detalles de la próxima aventura.

El tono de algunas preguntas me indicó cuál era mi papel en toda aquella comedia.

—Señor Jones… Últimamente, han corrido rumores respecto a que Harriford Jones prepara sus aventuras. ¿Cree usted que su presencia aquí es de aval, o garantía, de que lo que veamos es auténtico? —preguntó uno.

—No lo sé… —respondí—. No sé por qué tendrían que creerme más a mí que al señor Jones…

—En cualquier caso —intervino Harriford—, la honradez, la capacidad, la incorruptibilidad y la neutralidad de Indiana James está fuera de toda duda…

Sí. Comprendí que el amigo Jones se había elevado demasiado. A los periodistas les encanta practicar el tiro de pichón y adiviné que todos ellos esperaban un solo gesto mío para abatir al aguilucho Jones. Eso hizo que me pusiera un poco de su parte.

Saldríamos al día siguiente, en el *Horizons Unlimited*, donde viajaríamos exclusivamente Papá Samedí, sus asistentes, una mínima tripulación, nosotros dos y dos operadores de vídeo autorizados. Si todo iba bien, al regresar a Cayo Rhum, iríamos remolcando el *Spirit of the Shadows.*

El periodista de una revista parapsicológica preguntó:

—Va usted a acercarse mucho al triángulo de las Bermudas…

—Prácticamente, me voy a meter en él —se ufanó Harriford.

—¿Cree usted que esa proximidad tiene algo que ver con la aparición del *Panteón Flotante*?

—Se lo preguntaremos a los espíritus de los cadáveres amotinados cuando los veamos…

Cuando oscurecía, Harriford Jones me recomendó que leyera o me entretuviera con una de sus «damas de compañía», mientras él se ocupaba de los últimos preparativos del viaje.

Le dije que sí, pero no le hice caso. Tenía ganas de estar solo, de responderme a todas las preguntas que estaban en el aire. No soy escéptico respecto a los fenómenos parapsicológicos (no puedo serlo, después de haber convivido con una telépata y después de lo que vi en Stonehenge)[2], pero sí me costaba creer en un montaje tan cinematográfico, tan comercial y de cartón piedra como el de Harriford Jones. Había algo que no encajaba. Quizá fuera que el Aventurero Millonario parecía más un hombre de empresa que un adorador de la Diosa Aventura, no sé…

Lo cierto es que yo sentía una gran curiosidad. Quería saber en

qué podía parar todo aquello y qué resortes movería Harriford Jones para conseguir lo que quería y prometía. Porque quizá lo que más me intrigaba era que yo mismo tenía la seguridad de que el *Spirit of the Shadows* se aparecería ante nosotros.

Y uno no puede tener *tanta* seguridad de que lo imposible se hará realidad.

—Lo siento. No se puede pasar —me dijo un tipo.

Le miré. Palabras mágicas. La prohibición. El secreto.

—Oh, perdone —dije. Y di media vuelta.

Hasta aquel momento, no me di cuenta de que había guardianes en la fortaleza de Harriford. Pero era cierto. Ahí estaban. Y armados.

Salí al exterior, rodeé el edificio anexo al que me habían impedido la entrada. Luces en las ventanas. A unos tres metros por encima de mi cabeza, había un balconcillo. No sería fácil trepar hasta él, pero estoy acostumbrado a hacer cosas difíciles.

Trepé. Una vez has hecho las cosas, te parecen más fáciles de lo que creías. Miré por una de las ventanas…

…Y vi un montón de maderas. Maderas carcomidas y blanqueadas por el tiempo y el agua. Formas de galeón antiguo…

Me sobrecogió la sospecha. Con el corazón en un puño, corrí al extremo del balcón. De pronto, me pareció que estaba a punto de comprenderlo todo. Desde aquel rincón, inclinando mi cuerpo hacia fuera, se veía el mar. Un entrante del mar en la tierra. Una pequeña cala muy difícil de ver desde fuera…

Quizá, si pasaba por encima de la barandilla y pasaba al balcón de al lado…

En eso pensaba cuando, al otro extremo del balconcillo, se abrió una puerta y dos personas, charlando entre sí, se encaminaron hacia mí.

Me pegué a las sombras.

—…Navegantes de pacotilla. Cualquiera diría que les estamos pidiendo la luna…

Me quedé boquiabierto. Hacia mí venían, sin verme todavía, el negro de los ojos rojos, el saltimbanqui del Army & Commercial Historical Archive, el asesino de Nicholas Fielding… y el larguirucho de la «Magnum Python» 357, el asesino de Sam *Luke* Morrison-Norton…

No sé si era inevitable que me vieran o si ya no me pude contener. El hecho es que abrieron sus bocas de sorpresa poco antes de que yo cayera sobre ellos como un ciclón.

El larguirucho quería sacar su «Magnum». Le sujeté el brazo con una mano mientras le clavaba el canto de la otra en el cuello, y mientras disparaba un puntapié fenomenal al estómago del negro que se vestía en Harrod's.

Cayó el negro de espaldas. El canto de mi mano castigó de nuevo el cuello del larguirucho. Cuando le empujé contra la pared, no estuve seguro de que no estuviese muerto. Lo *aplasté* contra la pared.

—¿Me conoces? —le grité—. *¿Me conoces, cerdo?*

Abrió la boca, pero no podía hablar. Tiré de su antebrazo y salió la mano armada del pesadísimo «Magnum». Usé el arma para partirle la cabeza.

El negro se me vino encima y gritó como un energúmeno. Se me abrazó y juntos fuimos a parar contra la barandilla metálica del balcón. Yo estaba demasiado furioso para sentir dolor alguno.

Le clavé el codo justo al final del esternón. Giré en redondo y golpeé con la derecha de abajo arriba. Pero al mismo tiempo estaba sujetando la vistosa corbata de Harrod's y tiré de ella hacia abajo. El negro bajaba la cara y yo se la enderezaba de un puñetazo, él bajaba y yo golpeaba, él bajaba y se encontró con mi rodilla lista para romperle la nariz y despertar la sangre de todas las heridas que le hice con la vitrina del museo.

Hasta que se rompió la corbata y el gigante negro salió volando de espaldas y se puso a dar volteretas por el balconcillo, alejándose de mí.

Composición del lugar: Voces en el interior del edificio. Alarma y carreras. Maldije mi impaciencia, mi espontaneidad. Abajo, el jardín, la piscina, el alto trampolín… A la derecha, el «edificio prohibido».

Y el negro venía por los aires, haciendo cabriolas. No me dio tiempo de esquivarlo. Fue como si explotaran dos bombas dentro de mi cabeza, salí disparado como una bala, resbalando por todo el balcón.

Me levantaba y un puño me envió de nuevo al punto de partida. Fui consciente de que el negro hacía el viaje a mi lado, dando

alegres saltos y haciendo cabriolas.

Aquel negro estaba loco.

Me dio un revés que me volvió la cara, y luego todo el cuerpo, y caí de bruces sobre el cadáver del larguirucho.

El negro me agarró y me levantó con la intención de tirarme por encima de la barandilla. En un instante, comprobé que abajo, en torno a la piscina, se había congregado gran cantidad de gente, y que habían encendido focos, y que yo era protagonista de una función con numerosos espectadores. También comprobé que instintivamente había agarrado el «Magnum» que había junto al cuerpo del larguirucho.

Apoyé el cañón en el pecho del negro y disparé, al mismo tiempo que él me tiraba al vacío.

Boooom, y el negro salió despedido contra una de las ventanas iluminadas…

…Y yo hice una pirueta de gato en el aire. No podía llegar abajo porque, si no me rompía la cabeza, me la romperían los espectadores. De forma que apuntalé mis pies a la parte exterior del balcón y me impulsé con todas mis fuerzas en horizontal…

Como un Tarzán saltando de liana en liana, llegué a agarrarme a la escalerilla del gran trampolín de la piscina.

Los de abajo no podían ni imaginar que eso ocurriera. Ya bajaban la vista para ver el golpetazo de mi cuerpo contra el suelo, cuando yo estaba escalando hacia las alturas, desesperadamente, con la «Magnum» metida en el pantalón.

—¡Eh! ¡Está arriba!

—¡Que se va!

—¿Dónde demonios quieres que se vaya? ¿Te crees que vuela?

Les demostré que sí, que volaba. Al llegar a lo alto del trampolín, no me lo pensé dos veces. Si había podido ir del edificio adonde estaba, también podía hacer el viaje de vuelta. O sea, que, lo hice. Sólo que ahora estaba a la altura de fe azotea del «edificio prohibido».

—¡Eeeeeeh! —Oí que decían abajo.

Caí en cuclillas, rodé por el suelo. Oí tiros que va no podían alcanzarme. Oí gritos e insultos. No me paré a pensar que jamás podría escapar de allí. Tenía una claraboya a mano. La rompí y me dejé caer al interior del edificio.

Era un despacho. Alguien había estado estudiando viejos pergaminos, que se encontraban desperdigados por encima de la mesa. Mis ojos sólo se fijaron en uno, amarillento y salpicado de gotitas de sangre del viejo Nick Fielding. *¡La hoja que arrancaron del diario de Gardenfly* el Loco!

La cogí de un manotazo y me la metí en el bolsillo. De inmediato, recuperé la razón: no podía entretenerme más.

Se oía un ruido multitudinario por todo el edificio. Me subí a la mesa. Alguien forcejeaba con la manija de la puerta. Disparé el «Magnum». Una vez, dos veces, tres. La puerta prácticamente desapareció y tres tipos se amontonaron muertos en el pasillo.

Me aupé por la claraboya, de nuevo hacia la azotea. Nadie pensaría que yo iba a salir por allí.

De la azotea, volví a saltar al trampolín. Desde allí, disparé dos veces, destrozando los focos que me deslumbraban, creando una inesperada oscuridad…

…Y me dejé caer a la piscina.

Un salto en el vacío. Limpio y veloz. Nadie tiró contra mí. Supongo que, desorganizados, todos habían corrido al interior del «edificio prohibido», quién sabe para proteger qué.

¡Flwasssh! Me sumergí en el agua. Me envolvieron el silencio y la paz. Toqué con los pies en el fondo y me impulsé hacia la superficie de forma que llegué arriba con suficiente ímpetu como para agarrarme al borde y auparme rápidamente.

Lejos, contra los edificios, había voces, sombras, carreras, siluetas, confusión.

Busqué la oscuridad. Una puerta. Levanté la bota a la altura del cerrojo y golpeé. ¡Crac!

Corrí por un pasillo, sintiéndome solo. Ya no estaba en el «edificio prohibido». Todos habían ido hacia allí y no me buscaban en otra parte.

Subí una escalinata, sin ninguna precaución. Otro pasillo. Una puerta abierta. Luz en el interior. Una voz deformada por la sordina de un altavoz.

—…Conecta todo el sistema de control de toda la isla. ¡No puede escapar! —Me aproximé en silencio. La voz seguía diciendo—: ¡Y lo quiero vivo! ¿Dónde está Papá Samedí? ¡Que me traigan a Papá Samedí! —La voz, sin duda, era de Harriford Jones.

Me asomé el interior de la habitación. Estaba forrada de pantallas de televisión, altavoces, controles, cables, botones, palancas, micrófonos e indicadores de todo tipo. En una pared, un plano de la fortaleza plagado de lucecitas. Todo atendido por dos tipos de uniforme.

Entré de un silencioso salto. No me vieron. Descargué el «Magnum» sobre la cabeza de uno crac, hizo. El otro se volvió con los ojos y la boca abiertos como para gritar. Corté el grito de un trompazo a los dientes, gancho al hígado, *uppercut* a la mandíbula y patada a la cabeza.

En las pantallas, se veía hasta el último rincón de la fortaleza. Gente corriendo por todas partes. En un salón Luis XVI, vi reunidos a Harriford Iones, a Papá Samedí y a tres o cuatro tipos más, entre los que se contaba el piloto guaperas que había jugado con mi vida.

—¡Le pago para que haga milagros! —gritaba Harriford Jones a Papá Samedí—. ¡Necesito a ese hijo de perra aquí, vivo y dócil, antes de que salgamos en el maldito yate para encontrar a sus malditos espíritus…! ¡Apáñeselas como pueda! ¿Qué quiere que les diga a los periodistas? ¿Qué maté a Indiana James porque me ganó al póquer? ¿O que se fue aprovechando un descuido mío, porque mi aventura no le parecía lo bastante emocionante…?

Estaba histérico.

Debajo del televisor donde Harriford hacía su representación, había un número. El 6. En el plano de la fortaleza, la lucecita encendida con el número 6 correspondía a un salón no muy alejado de la indicación «usted está aquí».

Me aprendí el trayecto de memoria y salí corriendo al pasillo. Mi próximo objetivo era Harriford Jones.

Quienes me perseguían lo hacían en tropel y vociferando, de la forma menos discreta del mundo. Y la magnitud de la mansión actuaba a mi favor. Esconderse en un habitáculo previsto para más de quinientas personas resulta especialmente fácil.

En ningún momento del trayecto hasta el salón Luis XVI me sentí realmente amenazado. Más aún sabiendo que los hombres del Aventurero Millonario tenían órdenes de respetar mi vida.

Me detuve en lo alto de una escalera. Abajo estaba el salón Luis XVI. Escondido detrás de una estatua de mármol, vi cómo Papá Samedí y sus tres acolitas habían comenzado su función.

El médium estaba tieso como una tabla, tenía los ojos cerrados y se golpeaba las sienes con los puños mientras, entre dientes, recitaba una monótona melopea.

—*Sao Damiáo, traze-o… Obá-Oiá-Omrn, traze-o… Langa de Xangó, traze-o… Palma de Santa Rita, traze-o…*

Las acompañantes le secaban el sudor y respondían a las jaculatorias. Harriford Jones estaba visiblemente nervioso. No las tenía todas consigo. El piloto y demás hombres, a su alrededor, armas a punto, miraban en todas direcciones, hacia todos los accesos del salón, esperando verme aparecer de un momento a otro, convertido en *zombi.*

Y entonces tomé la determinación más loca de mi vida.

Por una parte, pensé que, si me escapaba de la fortaleza (en caso de que eso fuera posible), ine quedaría sin ver la aparición del *Spirit of the Shadows*. Y he de reconocer que mi maldita curiosidad me corroía por dentro. También me quedaría sin saber el desenlace de la aventura si de pronto me liaba a tiros con todo el mundo y me cargaba a Jones, al piloto y al médium. Por otra parte, recordé que *no podían matarme*. Jones lo había dicho muy claro: sería muy difícil justificar mi desaparición ante los periodistas, después de tanto revuelo publicitario. Y, por fin, era evidente que todos creían que Papá Samedí podía captar mi espíritu, hipnotizarme a distancia, convertirme en *zombi*, o fuera lo que fuese que quisiera hacerme.

En realidad, no hice nada más que lo que todos querían que hiciera.

Fijé mi mirada en un punto del infinito, puse cara de nada, salí de detrás de la estatua y bajé las escaleras majestuosamente, con gestos mecánicos, con aire ausente, haciendo una buena imitación de aquellos *zombies* asesinos de Ronald Zabarsky, contra los que me enfrenté en aquel maldito templo de una secta maldita. (Pero esto es historia antigua).

El primero que me vio fue el piloto y levantó su pequeña pistola-ametralladora «INGRAM», dispuesto a convertirme en un colador. Tuve que hacer un esfuerzo titánico para no echar mano al «Magnum». El piloto no fue el único que Hizo un gesto brusco hacia mí.

—¡Quietos! —aulló Harriford Jones.

Llegué al pie de la escalinata.

Entonces, Papá Samedí se relajó y abrió los ojos. Unos ojos grandes y profundos como el mar. Por un momento, pensé que quizá me hubiera hipnotizado después de todo. Que yo acababa de cometer aquel disparate suicida porque él se había apoderado de alguna parte de mi mente. Y no podía hacer ninguna comprobación porque, al menor movimiento fuera de lo previsto, una docena de balas me impedirían hacer más comprobaciones en el resto de mi vida.

Harriford Jones, en tensión, me miraba a mí y miraba al brujo. Me miraba a mí y miraba al brujo. Una y otra vez.

Los ojos de Papá Samedí se entristecieron.

Sabía que yo estaba mintiendo.

Y yo sabía que él sabía que yo estaba mintiendo.

Y él supo enseguida que yo sabía que él sabía que yo estaba mintiendo.

CAPÍTULO VI

—Bueno… ¡Qué! —exigió Harriford—. ¿Está en tu poder?

Los grandes ojos de aquel hombre parecían leer mi mente.

—¿Estás en mi poder? —preguntó.

—Estoy en tu poder —dije, inexpresivo.

—Pero está un poco tonto… —protestó Harriford—. ¿Así idiotizado quieres que lo vean mañana los periodistas?

—Se le irá pasando —dijo Papá Samedí. Y sus ojos me ordenaban: «Se *te irá pasando».*

—¿Y cómo sé que no está fingiendo? —Harriford Jones empezó a dar vueltas a mí alrededor, tratando de encontrar alguna grieta en la situación.

—Está a mi merced. Si yo le digo que es un perro, será un perro…

Permití un destello a mis ojos. Los del médium no se inmutaron.

—Díselo —pidió Harriford Jones.

Yo pensé: «No lo digas, bastardo. No me voy a arrastrar ante ti, farsante del demonio».

—Eres un perro —me notificó Papá Samedí.

Me lo tenía merecido. Yo había elegido el juego y ahora tenía que jugar. Pero no me puse en cuatro patas, como esperaba todo el mundo. Sólo ladré. Ladré ferozmente, rugí y gruñí, y enseñé los dientes, y traté de morder a Harriford Jones, que me miraba tan boquiabierto que podría haberle metido el puño hasta el estómago y no se hubiera dado cuenta.

—¡Eres Indiana James! —rectificó Papá Samedí. Y me callé, volviendo a mi estado ausente y estúpido. Entonces, Papá Samedí empezó a hablar lentamente—: Voy a tratar de que se relaje. Será un poco peligroso porque puedo perder su control. Puede morir… O

volverse muy violento…

A mi alrededor, una docena de manos montaron las armas. Envuelto de muerte, yo no hubiera podido moverme ni aunque me lo hubiera propuesto.

—Ahora, Indiana James… —pronunció lentamente el brujo—. Te relajarás y actuarás como si nada hubiera sucedido. Harriford Jones es tu amigo… Repite…

—Harriford Jones es mi amigo —dije.

—¡*As falanges de Xangó a traga e a ferrugem tudo consomem. Filho de Ogún… Quebra Tudo ou Comigo Ninguém Pode*!

Con el último grito me dio una bofetada que me hizo arder la mejilla. Yo, mentalmente, le envié el mensaje de que un día le haría tragar todos los dientes. Al mismo tiempo, sentí que una rápida mano me arrebataba el «Magnum» que llevaba en el pantalón.

Parpadeé, miré que todos los que me miraban alucinados y me encañonaban con sus armas… y sonreí.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a Jones—. ¿He hecho algo malo?

—No me gusta que me engañen —me amenazó Jones. Me estaba poniendo a prueba.

Me hice el tonto.

—A mí tampoco me gusta… que te engañen. —Reí. Miré a quienes me amenazaban—. ¡Vamos, chicos!, ¿qué sucede? Sólo le he dicho a vuestro compañero si podía pasar por no sé dónde. El me ha dicho que no se podía y ya está. Aquí no pasa nada. Soy muy obediente. No quiero meterme donde no me llaman…

—Está bien —se conformó Harriford Jones—. A una señal suya, todos dejaron de encañonarme. —Vámonos a dormir. Mañana será un día muy largo.

—El dormirá conmigo —me señaló Papá Samedí—. Quiero mantener «contacto psíquico» permanente con él.

—¿Conmigo? —le pregunté, irónico.

—Papá Samedí está haciendo un experimento con todos los que vamos a participar en la expedición —me explicó Harriford Jones.

—Una purificación —puntualizó Papá Samedí.

De esta forma, Papá Samedí y yo nos encerramos en la habitación de él. Me miró fijamente, con una especie de rencor ancestral, como si lamentara que yo le estuviera engañando. O quizá se preguntaba si no me habría hipnotizado realmente. En

cualquier caso, no sabía qué era lo que yo estaba tramando y desconfiaba absolutamente de mí.

Por eso, cerró con llave y tiró la llave por debajo de la puerta. Detalle innecesario porque yo sabía que fuera de la habitación estarían montando guardia dos hombres armados.

—Duerme —me dijo el brujo.

Seguro que yo dormí más que él.

Cuando salimos de la habitación, nos tropezamos con la mirada fija de un objetivo de vídeo que ya no nos perdería de vista en todo el día. Periodistas autorizados me plantaron delante de la boca sus micrófonos y me torpedearon con preguntas tendenciosas.

—¿Cuánto va a cobrar usted por participar en esta expedición, señor Jones?

—No hemos hablado de dinero. Lo hago por espíritu aventurero. Y me llamo James.

—¿Colaborará a partir de ahora siempre con Harriford Jones en sus próximas aventuras?

—No hay próximas aventuras. Nosotros siempre pensamos que un peligro puede ser el último y definitivo. Es absurdo pensar qué habrá más allá.

—El señor Harriford Jones dice que, después de descubrir el *Spirit of the Shadows*, probablemente se internará en el Triángulo de las Bermudas para descubrir su secreto… ¿Irá usted con él?

—El aventurero siempre va donde le lleva el viento.

Nos embarcamos en el *Horizons Vnlimited* dieciséis personas, ocho de las cuales componían la tripulación de aquella especie de transatlántico. Cuatro de estos tripulantes, sin embargo, parecían no tener otra cosa que hacer más que moscardonear a mi alrededor. Ni fregaban la cubierta, ni pelaban patatas, ni echaban carbón a las calderas, ni ceñían ni empopaban como se supone que tiene que hacer un buen marino. Sólo daban vueltas a mí alrededor y me miraban de reojo.

Yo también miraba de reojo a Harriford Jones. En todo el trámite de abordar el barco, no perdió la sonrisa ni la seguridad en sí mismo. Infatuó la voz y movió los brazos como si lo aclamaran multitudes y, flamante dentro de su modelito marinero (camiseta de rayas horizontales, gorra de plato, pantalón y zapatillas de deporte blancas), se despidió de los periodistas prometiendo que traería a

rastras a todos los esclavos malditos del *Spirit of the Shadows.*

Desde mi rincón, no me costó demasiado comprender cuáles eran sus intenciones. Tanto si confiaba ciegamente en los poderes de Papá Samedí como si no, Harriford Jones era un tramposo y no podía dejarme con vida. No había podido matarme *antes* de salir de su fortaleza de Cayo Rhum, pero durante una aventura, es distinto. En el transcurso de una aventura, hay muchos peligros y a nadie le extrañaría que yo sucumbiera a uno de ellos.

Papá Samedí se apropió de la popa del barco para iniciar allí la serie de rituales, ayudado de sus acolitas. Empezaba a ponerse pesado con sus gritos, sus invocaciones a Iemanjá y a Ogún y a la Espada de Sao Jorge.

Me fui a mi camarote a leer y meditar. Me resultó imposible leer el resto del libro de Stephen King debido al gran boquete que la «Magnum» había hecho en él. De cualquier forma, después de mi experiencia personal en un mar de ratas, era muy difícil tratar de meterme miedo con simple letra impresa.

Así que leí la página del manuscrito de Gardenfly *el Loco* que tenía en mi poder. Un mensaje del siglo XVIII directamente para comunicarme a mí dónde me esperaban diez millones de dólares en doblones de oro. Empezaba diciendo: «Todos levantaban sus ojos al cielo para clamar a Dios, pero no entendían que Dios estaba abajo y se nos iba a beber…». Y, entre una interminable ilación de locuras, la revelación: «… Mis ojos buscaron la costa negra donde brillaban las estrellas del océano Athyopycus, y puse mis brazos en cruz para orar y mi mano derecha señalaba la campana donde nace el sol y mi mano izquierda señalaba el centelleo del ojo donde muere el sol porque el sol es Dios, que nace y muere, y entonces el barco fue bebido por la boca de Dios…».

Escondí en la bota aquella magnífica revelación de diez millones de dólares y me dediqué al presente.

Mientras navegábamos por un fantástico y limpísimo mar azul rumbo nor noreste, traté de comprender qué relación había entre el payaso Harriford Jones y los datos del tesoro descubiertos por Nick Fielding. Uno de sus hombres, el negro saltimbanqui, había matado al viejo Nick y le había robado el manuscrito de Gardenfly *el Loco*, pero allí nadie parecía interesado en el tesoro de diez millones de dólares…

…Claro que el manuscrito de Gardenfly *el Loco* tampoco hablaba del tesoro. Sabíamos de la existencia del tesoro gracias a otras averiguaciones del viejo Nick…

Se me hizo evidente entonces que, para cualquiera, el manuscrito que yo llevaba en la bota no relataba nada más que el naufragio de un par de barcos vacíos… Vacíos, puesto que habían entregado su carga en las Colonias Americanas.

De pronto, imaginé que Nick Fielding y Sam *Luke* hubieran hablado con Harriford Jones para que les acompañara en su aventura. Pero Sam *Luke* era muy desconfiado. Seguro que no le hablaría del tesoro… «Le dijeron únicamente que sacarían a flote dos barcos hundidos en las costas de Guinea-Bissau», pensé.

Intuí que ahí estaba la explicación de todo.

Pero alguien anunció que llegábamos al Triángulo de las Bermudas.

Esa zona enigmática y siniestra donde puede suceder cualquier cosa, donde han desaparecido los barcos más gigantescos, escuadrillas de aviones dotadas de los más modernos sistemas de prevención de accidentes…

Y hasta la noche oí hablar a todo el mundo, marinos y periodistas, de aquel mítico Mar de los Sargazos, donde tantos barcos medievales naufragaron; de la Leyenda de la Atlántida, situada precisamente allí, en el centro del Atlántico; de unas extrañas construcciones submarinas que los arqueólogos habían datado, mediante procedimientos irrefutables, en cinco mil años antes de Cristo…

Todo muy lúgubre, terrorífico. Ambientado por los gritos y susurros de Papá Samedí dentro del yate, y de esa niebla densa que de noche peina las olas de algunos puntos del Atlántico.

Callaron todos los comentarios frívolos. Ni siquiera Harriford Jones se atrevería a romper el encanto con sus payasadas. Creo que él mismo estaba impresionado por su propia puesta en escena.

A las doce de aquella noche, un Papá Samedí desencajado y visiblemente enfermo, tiritando, cubierto de sudor y sujetado por sus ayudantes, subió a cubierta sorprendiéndonos a todos. Balbuceaba, babeando: «*Mortos, mortos, mortos*…».

Inmediatamente, a una señal de Harriford Jones, los tipos del vídeo pusieron manos a la obra. Pero, al prenderse el intenso foco,

Papá Samedí chilló y cayó de rodillas, gimiendo y llorando.

—*¡Apaguem esas luzes!* —gritó una de las ayudantes.

—¡Señora! —le increpó Harriford Jones—. Hemos venido a filmar todo esto, y cuando ustedes se metieron en el negocio, ¡ya lo sabían!

Llevaron a Papá Samedí, que lloraba y se retorcía, y babeaba y gemía, y tiritaba convulso por la fiebre, hasta la proa del yate. Todos fuimos en aquella dirección.

Las luces de la embarcación rebotaban en la espesa niebla que teníamos ante nosotros, convirtiéndola en un telón blanco, impenetrable y deslumbrador, que nos cegaba. Aquella pared casi sólida se convertía en humo espeso y más que húmedo que nos impregnaba de la salobridad del mar.

Todos teníamos el corazón en un puño. Harriford Jones podía ser un tramposo, pero era un maestro de la *mise-en-scéne.*

—*¡Mortos, mortos, mortos!* —gemía Papá Samedí, retorciéndose como si lo torturaran demonios invisibles—. *¡Sangiue, sangue, sangue!*

Las tres mujeres rezaban una rápida y monótona letanía dedicada por completo a Iemanjá, buscando su protección. Se las veía asustadas, en vilo, como si presintieran que algo horrible estaba a punto de suceder.

En realidad, todos teníamos ese presentimiento.

Quizá todos excepto Harriford Jones. El estaba excitado, como el director de una obra dramática que estuviera saliendo según todo lo previsto.

—¡Grabad, grabad! —les decía a los del vídeo cuando éstos, sobrecogidos, apagaban el foco.

—¡El radar detecta a un buque extraño que nos sigue! —anunció bruscamente el patrón del yate desde el puente de mando.

Todos nos movilizamos. Unos hacia popa, tratando de ver inútilmente a través de la niebla. Otros a la cabina del radar.

Harriford me agarró del brazo y me miró a los ojos.

—Ahora, nos toca a nosotros, Indiana. —Y ordenó, en general, segurísimo de que alguien cumpliría a cabo su mandato—: ¡Preparad la *Zodiac! ¡Ahí tenemos al Spirit of tlie Shadows!*

Aún tardó un rato en mostrarse.

Primero, huyó la niebla, como telón que se abriera para

mostrarnos un fantástico escenario de vertiginosa oscuridad infinita. Una ola zarandeó el *Horizons Unlimited*, haciendo que todos nos tambaleáramos, sorprendidos. Fue la primera de una serie de olas cada vez más furiosas que golpeaban el casco del yate con energía, como el puño que golpea la puerta para avisar de un peligro, como los golpes secos del espíritu que se presenta donde lo han convocado. Un viento impetuoso arrojó a nuestros rostros gotas de agua pulverizadas, que procedían de las crestas de las olas, cada vez más encrespadas…

…Y entonces, lo vimos.

Era un fantástico bergantín-goleta de unos treinta metros, esbelto y desafiante, de líneas finas de gacela y porte orgulloso de alazán seguro de su belleza. Tenía sólo dos mástiles, lo que probaba su antigüedad y probable procedencia del siglo XVIII. Avanzaba con sus catorces velas desplegadas y tensas, en empopada, a toda la velocidad de aquel viento que, más que empujarle, parecía arroparle. Se diría que era la nave quien traía al viento y no viceversa.

—¡Grabad, grabad! —gritaba Harriford a los del vídeo. Y al patrón—: ¡Echad el ancla! ¡Echad el ancla! ¡Botad la *Zodiacl*!

En el preciso instante en que todos podíamos leer el nombre en la popa del barco, *Spirit of the Shadows*, las velas se aflojaron repentinamente, por auténtico arte de magia, chapoteó el ancla en la popa y el barco se detuvo, al pairo, con la tranquilidad de quien es controlado por una fuerza muy superior al viento, a las olas y al mismo Neptuno.

—*¡Lemánjáaaaal*! —gritaba, enloquecido, Papá Samedí—. *¡Iemanjáaaaaal*!

—¡De acuerdo, Indiana! ¡Ahora vamos allá, tú y yo!

Me despertó de mis elucubraciones. Le miré sin disimular mi admiración y eso le complació. Pero yo lo admiraba, no por su valentía, sino por su habilidad en hacer trampas. Por muchos tahúres que conozca en mi vida, aquél era el más experto de todos. Estaba empezando a comprender todo lo que había sucedido.

—Claro que vamos —le dije—. Estoy deseando subirme ahí.

No sé cómo lo diría, pero el tono de la mirada de Harriford varió notablemente. Fue como si dijera: «Así que no estás hipnotizado», y a continuación: «No importa; lo tenía previsto; yo siempre lo tengo

todo previsto».

—¡Pues a la *Zodiacl*! ¡Filmad desde aquí, vosotros! ¡Yo sacaré fotos a bordo…! —Se colgó del cuello una cámara de fotografiar «Hasselblad» equipada con película ultrasensible y mostró al vídeo que inmortalizaba su gesta una sencilla cruz de madera. *Lo tenía todo previsto.*

—Que conste que sólo voy armado con esta cruz —proclamó—, bendecida y exorcizada por Papá Samedí, mi protector. ¡Vamos, Indiana! ¡Los espíritus de las sombras nos esperan!

Por una escalerilla de cuerda, llegamos hasta la *Zodiac* equipada con dos motores Evinrude de 15 CV. Con golpe de experto, Harriford los puso en marcha, pero avanzamos hacia la goleta fantasma a poca velocidad.

Las olas, sin embargo, convirtieron el corto viaje en una carrera de obstáculos. Se convertían en gigantescas barreras negras que se levantaban ante nosotros, o bien en profundos valles sin fondo a los que caíamos como desde lo alto de montañas rusas. De vez en cuando, el mar de fondo trataba de hacer girar a la *Zodiac* sobre sí misma. El viento pareció amainar hasta casi desaparecer…

…A nuestro alrededor, como en nuestro interior, pareció crearse un vacío…

A pesar de mi poca experiencia marinera, hubiera jurado que el barómetro caía en picado. Quizá estuviera marcando veintinueve, o veintiocho…

—¡Se aproxima un tifón! —le grité a mi acompañante.

Pero él no me oyó y él se olvidó de preguntarme, porque, ante nosotros, grande como una catedral gótica, al alcance de nuestras manos, estaba el *Spirit of the Shadow*…

Unas gotas de lluvia me golpearon el rostro con la fuerza del granizo.

Harriford Jones sacó de entre sus ropas una «Walther PPK» y me encañonó.

—Sube tú primero, Indiana.

CAPÍTULO VII

Escalé apoyándome en las formas de un mascarón de proa descolorido que representaba a una hermosa y opulenta mujer con cara de calavera. Al mismo tiempo, sacaba mis conclusiones.

El tacto de la madera vieja, blanqueada de tanto tiempo como había permanecido en el mar, me recordó aquellos maderos que había visto en el «edificio prohibido» de la fortaleza de Cayo Rhum. Y eso trajo a mi memoria, inevitablemente, los barcos *Jungfrau* y *Lyon*, reliquias del siglo XVIII hundidas frente a las costas de Guinea-Bissau; reliquias cuya existencia conocía Harriford Jones, gracias al manuscrito de Gardenfly *el Loco*, que ahora yo llevaba en la bota.

Sumé dos y dos y llegué a la conclusión de que Nicholas Fielding y Sam *Luke* Morrison-Norton habían hablado con Harriford y le habían hablado de barcos hundidos. Y Harriford había rescatado los barcos y había eliminado testigos… Sin darse cuenta de que, además de simple madera, en el fondo de la costa guineana había un tesoro de diez millones de dólares.

Pero, para él, la simple madera ya era un tesoro. Porque con la madera de aquellos dos barcos él había construido uno solo, aquella flamante goleta, el *Spirit of the Shadows*. Supongo que hasta los clavos debían de ser antiguos. Cada milímetro cuadrado de aquel barco resistiría perfectamente el análisis de los expertos. Harriford Jones estaba vendiendo un nuevo misterio a la Humanidad: un barco fantasma del siglo XVIII materializado hasta en sus más mínimos detalles.

«Pero —me dije, repentinamente alarmado, al agarrarme a la borda para saltar a cubierta—, ¿y los cadáveres?».

Salté a cubierta y tuve que abrir mucho la boca para respirar todo el aire posible. Una ola de cuatro metros ladeó la goleta y di

un traspiés, atontado, sin atinar a sostenerme en ninguna parte.

Caía una intensa lluvia.

Llovía con intensidad sobre cadáveres medio descompuestos, medio devorados por las gaviotas y los albatros. Cadáveres de negros apenas cubiertos con taparrabos. Los cadáveres de los esclavos negros que, según la leyenda, se habían amotinado contra los traficantes, y se habían alimentado con ellos, y habían sido castigados a navegar por toda la eternidad.

El viento había crecido de tal forma que creo que me secaba las gotas de lluvia antes de que éstas pudieran empaparme. «Los cadáveres —pensaba—. Dioses, los cadáveres…».

Aquella bestia, aquel payaso, aquel mamarracho, Aventurero Millonario, Mercader de Sueños, Estafador de Pesadillas, aquel asqueroso Harriford Jones no se había conformado con fabricarse un barco… *¡Había tenido que fabricarse también los cadáveres!*

Aquel cerdo me clavó la pistola en los riñones mientras miraba al yate que teníamos enfrente y saludaba elegantemente con la mano. Desde el *Horizons Unlimited* nos estaban filmando en vídeo.

—Saluda, Indiana —me ordenó—. Saluda, maldita seas… —Saludé—•. Muy bien. Ahora, retrocede. Métete por esa escotilla.

—¿Se puede saber por qué me has metido en esto? —pregunté, mientras obedecía.

—Necesitaba un aval, una garantía. Exactamente lo que tú estás siendo en estos momentos. Hace tiempo que la prensa desconfía de mí, ¿sabes…?

—Sí. Lo sé.

—Cuando mis muchachos me dijeron que estabas allí, colgado del avión, se me ocurrió que sería muy fácil utilizarte a mi favor. He de confesar que, al principio, te confundí con otro. Un problema de apellido… Pero luego, supe de tus aventuras en Hong Kong[3], y de tu aterrizaje forzoso en el Paseo Marítimo de Cannes, y de tus peripecias en Inglaterra… Y decidí que tú eras el testigo que yo necesitaba. Por eso, hice que te metieran en una cueva de la que fuera fácil escapar… y te preparé la pequeña broma de las ratas… y *te salvé la vida…*

La goleta, entonces, dio un bandazo y por la escotilla entró una catarata de agua.

Los dos perdimos el equilibrio en un pasillo alfombrado de

cadáveres de piel negra. Yo caí de bruces sobre uno de aquellos cuerpos. Y me vi encarado al hombre que me desató y que compartió conmigo aquella primera celda. *¡Negro Tuerto!* Reconocí su rostro cruzado de cicatrices. Unas rituales, como el triángulo que apuntaba a su entrecejo o las mariposas de la mejilla derecha; las otras atroces, como la del lado izquierdo, que le había privado del ojo.

Negro Tuerto. Hablaba el swahili tan mal como yo.

Me puse en pie de un salto y pivoté sobre mí mismo convertido en una fuerza de la naturaleza, mientras el barco brincaba encabritado y ya no había ni arriba ni abajo, ni babor ni estribor. Golpeé la mano, enviando la «Walther PPK» a alguna parte de la goleta, al mismo tiempo que clavaba mi puño en la cara del Aventurero Millonario.

Éste saltó hacia atrás, pero tropezó con una tromba de agua que volvía a irrumpir por la escotilla y vino disparado contra mí. Se me abrazó y recorrimos el pasillo interior dando tumbos.

Los cadáveres que se habían amontonado a mí alrededor estorbaron mis movimientos cuando, yo, surgiendo de entre ellos, golpeé a Harriford Jones.

Por un momento, hubiera jurado que *las manos muertas me agarraban de la ropa.*

Harriford tomó la iniciativa. Me golpeó en el pómulo, en la sien, en la cabeza, hundiéndome en las pieles negras y muertas en que estaba yo enredado.

—*¡Imbécil!*, —aulló—. ¿Por quién lloras? ¿Por estos esclavos de mierda…, gente que iba a pasar su vida sufriendo…? ¡Lo único que hice fue evitarles sufrimientos!

Esquivé su cuarto golpe, que se incrustó en el cuerpo de uno de las «esclavos de mierda». Noté que el muerto acusaba el golpe. *Su mano me apretó el hombro.*

Salté desesperado (algo dijo en mí: «Imaginaciones: te estás volviendo loco») y empujé con las dos manos la cabeza de Harriford contra las tablas del pasillo. Una nueva tromba de agua entró por la escotilla. Golpeó ciegamente, crac, dos veces, crac, con ganas de hacer mucho daño. Por un segundo, me pareció que un cuerpo negro, *erguido*, entraba en el pasillo. Tonterías, claro, un efecto óptico; el agua lo había metido allí y yo había creído ver lo que no

era.

Harriford Jones respondió, proyectándome contra la pared frontera del pasillo. Me lanzó las manos al cuello, se las paré. Bailamos, trastabillamos mecidos por el tifón que abría el mundo sobre nuestras cabezas, y fuimos a parar de cabeza, sin soltarnos, contra una pared que crujió al recibir nuestra embestida.

Pegó él. Pegué yo. Y volví a pegar, y una y otra y otra vez, acorralándolo, insensible a sus gritos, insensible a todo lo que no fuera el deseo de librar al mundo de una alimaña como aquélla.

De pronto, el barco chilló.

Lanzó un alarido, un chirrido de monstruo herido, y las paredes se torcieron, aplastadas por el huracán.

Harriford Jones clavó su puño en mi estómago, me empujó y trató de correr hacia la escotilla. De repente, cayó de bruces. Oí su gemido y cómo se destrozaba su cámara fotográfica «Hasselblad». Se levantó de nuevo, despavorido, braceando como si se hundiera en arenas movedizas y nuevamente trató de correr.

Entonces, pensé que me había vuelto loco.

Porque Harriford Jones trató de huir nuevamente y cayó de nuevo… ¡Y aquella vez yo vi con toda claridad que una mano, *la mano de un muerto*, le había agarrado del tobillo!

Me di cuenta de que la escena toda estaba iluminada por una enloquecedora luz verdosa y difusa procedente de los cadáveres.

Y lejos, muy lejos, oí el chillido inacabable, monocorde y ensordecedor, de Harriford Jones, que luchaba desesperadamente por soltarse aquellos cinco dedos que se ceñían a su tobillo.

Me dije: «No puede ser, un efecto óptico, muévete o ese cerdo escapará».

Noté un movimiento a mi espalda…

…Me volví…

…Y me encontré frente a un grupo de negros rostros inexpresivos que se habían puesto en pie y que, apiñados, avanzaban hacia mí. Hacia mí tendían sus manos y caminaban balanceándose al ritmo de la goleta, iluminados por su propia luz espectral.

Sé que chillé, chillé y pataleé mientras trataba de huir por la escotilla de proa, pero lo que descubrí allí, cerrándome el paso, superaba todos los terrores:

Un grupo de cadáveres negros abrazaban a Harriford Jones y, *por Dios, no querían matarlo*. Parecían querer simplemente conservarlo con ellos. Como si, al tocarlo, les transmitiera vida. Como si, al abrazarlo, por osmosis, consiguieran ser realmente inmortales.

Y Harriford Jones, el payaso, el mamarracho, lloraba y pataleaba desesperado. Sus aullidos destrozaban mis tímpanos y estrujaban mi cerebro…

…Y, a pesar de ello, lo que más me aterrorizaba era el silencio que me rodeaba.

Chillaba como un cerdo Harriford Jones, crujía la goleta como a punto de partirse en dos, y fuera rugía una tempestad inmensa como la encarnación de un Dios Todopoderoso y Loco…

…Y, sin embargo, a mí me espantaba el silencio…

…El silencio con que avanzaban los esqueletos, con que miraban los muertos, con que abrazaban al Aventurero Millonario…

—*¡Por el amor de Dios, Indiana!* —Fue lo último que le oí decir antes de que, a mi espalda, los muertos empezaran a interesarse por mí.

Mi sobresalto, mi convulsión, mi temblor, el estallido de mis nervios, fueron tan fuertes que rompí la pared del corredor y, rodeado de una aureola de astillas fláccidas por el tiempo y la humedad, me encontré rodeado de sombras…

…Rodeado de negro, de viento huracanado, de olas como zarpas de Polifemo, un torbellino a mi alrededor, la locura de una Naturaleza desencadenada, enloquecida…

Estaba en el ojo del huracán en el corazón del Triángulo de las Bermudas, donde cualquier cosa puede suceder.

No sé si vi lo que vi, o si todo fue un delirio.

En cubierta, un remolino de gotas de agua levantaba por los aires a los cadáveres que no se habían levantado y rompía los bordos de la goleta antigua recién estrenada…

…Como decía el diario de Gardenfly *el Loco*, el mar era como una gran boca negra y nos estaba absorbiendo, *bebiendo*, como si fuéramos miserables gotas de líquido…

La ola más grande que he visto jamás se me vino encima como una maldición y me hizo caer de espaldas sobre cubierta, y rodar por el suelo en pendiente, y quién sabe si girar como un objeto más

en el gran remolino de la muerte…

…Y, de pronto, me encontré ante *Negro Tuerto* que me sonreía, tranquilizador, y me susurraba algo en una lengua que quizá fuera swahili…

—*Yambo* —me dijo. «Hola». Como yo le había dicho a él.

—*Hawari* —contesté.

—*Muzuri sana* —replicó. Así fue cómo supe que los muertos no querían hacerme ningún daño y que saldría con vida de aquello. Su único objetivo era su creador.

Harriford Jones. El creador de aventuras. El inventor de lo fantástico había sido asesinado por la fantasía.

—*Asante sana* —dije al muerto. «Gracias». Y me hundí en el mar negro y helado.

Me sumergí a mil metros de profundidad y aun allí, lejanos, los gritos de Harriford Jones, el hombre que no moriría nunca porque su vida daba vida a los muertos.

Réquiem por Harriford Jones. Tuve la sensación de que alguna vez volvería a verle y sería en una de mis peores pesadillas.

En un segundo llegué a mil metros de profundidad y tardé horas en llegar a la superficie.

Mis pulmones, mis ojos, mis venas, mi cerebro estaban a punto de reventar cuando crucé la barrera de lo negro y lo blanco, de la fantasía y la realidad, de la oscuridad y la luz, de lo imposible y lo posible, de lo negativo y lo positivo, del mal y el bien, de la mentira y la verdad…

Y hacía sol.

El cielo era azul y no había nubes.

Y yo estaba sobre las arenas blancas de una playa rodeada de acantilados ominosos.

Rechacé las imágenes de una goleta del siglo XVIII llena de esqueletos y de cadáveres vivos. Pensé que todo había sido un sueño.

Me levanté pesadamente, decidido a enfrentarme con una nueva aventura.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraida de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Ver número 2 de esta misma colección: *El diente de perro.* <<

[2] *Ver número 3 de esta colección: La maldición de los 1000 siglos.*
<<

[3] *Ver número 1 de esta colección: Hong-Kong Rock.* <<